

S
S
SERVICIO SECRETO

B
B



EL DIAMANTE ROJO

clark carrados

CLARK CARRADOS

EL DIAMANTE ROJO

1.^a EDICIÓN

DICIEMBRE - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22775 - 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© CLARK CARRADOS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 3466/62

Todos los personajes y entidades privados que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

762 — La carta del muerto.

En Colección SERVICIO SECRETO:

642 — A tu salud, asesino.

En Colección BUFALO:

438 — Capitán fracaso.

En Colección CONGO:

6 — Sahara en rojo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

336 — Entiérrame hondo.

En Colección CALIFORNIA:

302 — Encaje de revólveres.

En Colección COLORADO:

228 — Seis al infierno.

En Colección KANSAS:

221 — La séptima estrella.

En Colección PUNTO ROJO:

32 — La muerte anuncia su visita.

En Colección BRAVO OESTE:

82 — Savia roja.



CAPÍTULO PRIMERO

El Tío Sam puede ser muy benigno en algunas cosas, pero en otras es inflexible. Por ejemplo, en la declaración de impuestos.

Ahí sí que no valen trampas. Uno ha de poner en el impreso hasta los diez centavos que se gastó en un paquete de maní el día en que se fue a ver un partido de béisbol, o de lo contrario ya te tienes a los agentes del fisco encima, huroneando en tu vida hasta descubrir lo que hiciste con el medio dólar que te dio la señora Parrish cuando tenías seis años por ayudarla a limpiar el jardín.

Por eso hay que meditar mucho antes de dar por completa la declaración de lo que se ha ganado y lo que se ha invertido y cómo y en qué de las ganancias.

Y en esa fascinadora labor estaba yo sumido, cuando, de repente, sonó el zumbador del intercom.

Era mi secretaria la que reclamaba mi atención.

—Señor Crixby, tiene usted una visita. La señorita Russell desea verle inmediatamente.

—Está bien, hágala pasar, Dulcie.

Corté la comunicación y guardé por el momento la declaración de impuestos. La puerta se abrió en aquel mismo instante.

—Entre usted, señorita Russell.

Me puse en pie. Mi cliente hizo un gesto de sorpresa al verme.

Sonreí.

—Por favor —dije, señalándola un sillón situado frente a mí mesa.

La señorita Russell penetró en la estancia, envuelta en un aura de indefinible perfume, muy agradable y suave, sin estridencias.

Como ella misma, a pesar de las audaces curvas de su cuerpo pletórico de juventud. En cualquier otra mujer, aquel cuerpo hubiese estado lleno de prometedoras insinuaciones. En ella no. La suave expresión de su rostro, difuminaba lo que pudiera haber de sensual en las líneas de su rotunda escultura, muy bien cubierta por un vestido de precio firmado por algún artista de la alta costura.

Era de buena estatura, aumentada por los tacones de sus zapatos. Tenía el cabello castaño, con algunas hebras de oro, y los ojos pardos, sensitivos, reposados, pero escrutadores al mismo tiempo. Su tez era muy blanca y los labios tenían apenas una ligera capa de carmín. En realidad, el color artificial les hacía falta muy poco.

—Señor Crixby —dijo con bien modulada voz de contralto. Todavía no se le había apagado la sorpresa—. A decir verdad, me lo imaginaba de otra manera.

—Bien —sonreí—, estoy seguro de que cuando entró, aquí se imaginó encontrar a un tipo alto, atlético, ancho de hombros y con la musculatura de un hércules, además de con un par de cicatrices y la nariz machacada. Lo siento; no es culpa mía si soy más bien bajo y parezco un oficinista antes que un detective privado. Pero, siéntese, por favor.

—Gracias —ella sonrió levemente—. Tiene usted razón, señor Crixby. La imagen que me había formado de usted era completamente errónea.

—Se ve que le gusta la televisión —dije—. Los héroes de película del Oeste y de detectives tienen que ser todos altos y hercúleos, de lo contrario, no despertarían interés. Pero la vida real es muy distinta; ya ve, por un cuarto de pulgada tan solo estuve a punto de ser rechazado en el reconocimiento que me hicieron cuando me llamaron para el Ejército.

—Bien, de todas formas, no es usted un enano —ella rio suavemente, sin estridencias, de una forma muy agradable y que a mí, particularmente, me encantó muchísimo.

—Pero a su lado, casi lo parezco —dije.

—Es por los tacones —respondió. De pronto, su rostro se puso serio—. Excúseme, señor Crixby, pero no vine aquí a hablarle de nuestras respectivas estaturas, sino de otra cosa mucho más importante.

Traía un bolso de piel roja, como tafilete o algo por el estilo. Lo abrió y extrajo de su interior un fajo de billetes, de los cuales separó rápidamente cinco de a cien, que depositó sobre mi mesa.

—Esto es un anticipo a cuenta, señor Crixby —dijo—. Si cuando haya

terminado el asunto que voy a encargarle, me encuentro satisfecha de sus servicios le pagaré una gratificación de cinco mil, da los cuales, naturalmente, habrá que deducir estos quinientos. En caso contrario, su gratificación se reduciría a mil dólares tan solo.

La miré de frente.

—¿Deducido o incluido el anticipo? —pregunté.

—Incluido...

—Muy bien —dije—. Acepto, a reserva de que no se trate de ningún acto criminal por parte suya y de que, si en el transcurso de mis investigaciones, yo descubriese algún hecho delictivo, daría cuenta inmediata a la policía.

La señorita Russell se mordió los labios. Mis palabras la hicieron vacilar durante breves instantes.

Al fin se decidió.

—Acepto, señor Crixby.

—Y —añadí—, además, debemos considerar que los gastos que deba hacer figurarán en minuta aparte.

—Perfectamente.

Toqué la palanquita del interruptor.

—Señorita Bertram, hágame el favor de redactar un recibo por importe de quinientos dólares, a favor de la señorita Russell... Un momento, por favor.

La miré.

—¿Su nombre?

—Norma Ann.

—Señorita Norma Ann Russell —hablé de nuevo por el intercom—. Haga constar que los quinientos dólares son a cuenta de la minuta que le presentaré en un futuro próximo, por los servicios prestados como investigador para unas averiguaciones que ella quiere encomendarme. Tráigalo cuanto antes, por favor.

—Sí, señor Crixby.

Corté la comunicación. Abrí una caja de cigarrillos y le ofrecí uno. Ella lo tomó con una mano de uñas cuidadosamente arregladas en rosa fuerte. Le prendí fuego al pitillo y luego yo encendí el mío.

Esperamos, fumando en silencio, hasta que Dulcie hubo traído el recibo. Saqué una pluma, lo firmé y se lo entregué.

Norma Ann Russell leyó el recibo y lo halló conforme. Dobló el documento y lo guardó en su bolso. Luego levantó la vista hacia mí.

—¿Y bien? —dije—. ¿Cuál es su apuro?

—Me han robado un brillante que vale doscientos cincuenta mil dólares, señor Crixby.

CAPÍTULO II

Aspiré una bocanada de humo y luego aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Estudié detenidamente el rostro de Norma Ann Russell.

—¿Dice usted doscientos cincuenta mil dólares?

—Así es, señor Crixby.

—Explíquemelo todo, por favor.

La señorita Russell se mordió los labios. Al fin empezó a hablar. No se dio cuenta de que un magnetófono, secretamente enlazado con el despacho de mi secretaria tomaba nota íntegra de nuestra conversación.

—Ocurrió ayer por la tarde —dijo—. Fue en mi casa. Di una fiesta por... por un motivo particular, que no viene al caso. Acudieron nueve personas.

—¿Cuántos hombres y cuántas mujeres?

—Cinco hombres y cuatro mujeres. Estábamos tomando unos combinados cuando...

—Poco a poco, señorita Russell —la interrumpí—. Vaya diciéndome los nombres de sus invitados y, si puede, una pequeña descripción física y también económica. Empezé por los varones y siga, luego con las mujeres.

—Le gustan las cosas metódicas, ¿eh? —comentó ella con aire intrascendente.

—Cuando se trata de un brillante que —usted lo dice— vale un cuarto de millón, hay que ser forzosamente metódico. Siga, por favor.

—Está bien. El primer invitado era Leo Zlabor...

—El director de cine. Lo conozco. Otro.

—Después estaba el coronel Staunton. Un viejo amigo de mi padre; mi padre murió hace unos dos años, conviene que lo sepa usted, señor Crixby.

—¿En qué unidad presta sus servicios el coronel?

Norma enrojeció levemente.

—En ninguna. Fue... le dieron ese grado durante la pasada guerra. Tenía a su cargo una sección de estas... bueno, donde iban artistas y cómicos para distraer a los soldados. Desde entonces se hace llamar coronel.

—¿Y en qué trabaja actualmente?

—En nada. Tiene unas rentas que le permiten vivir bien, sin grandes lujos, pero sin privarse tampoco de nada.

—Así da gusto —rezongué entre dientes—. ¿El siguiente?

—Frank T. Morris, negociante en bienes raíces. Su negocio marcha bien, gana mucho dinero. Tendrá unos cuarenta y cinco años y aún conserva un tipo más que regular.

—¿Qué suerte! ¿Quién viene a continuación?

—Lon Pehring. Trabaja con el señor Morris. Calculo que tendrá unos treinta y siete años, es delgado, bajito, como usted, más o menos... Oh, dispéñeme, señor Crixby.

Hice un ademán magnánimo.

—No se preocupe. Siga. ¿El quinto?

—Stan Farr —Norma enrojeció—. Tiene treinta y dos años, es alto, buen mozo...

—Y a usted le gusta muchísimo, ¿no es cierto?

Norma bajó púdicamente los ojos.

—Me ha pedido en matrimonio —dijo con voz tenue.

—Y ¿cuál ha sido su respuesta?

—Creo... que acabaré diciéndole que sí, señor Crixby.

—Felicidades a los dos —dije—. Adelante ahora con las damas. ¿Quién viene en primer lugar?

—Velia Morgan.

Lancé un silbido de sorpresa. Velia Morgan, el último y más explosivo descubrimiento de Hollywood, con un busto increíble, una cintura inimaginable y bueno, todo lo demás. Habla visto solo una película de ella, con lo cual había descubierto dos cosas: primero, como mujer, no había que pedir más; segundo, como artista, era una mula.

—Siga. ¿La siguiente?

—Betty Kroeder. Es rubia, tiene unos treinta y cinco años y desempeña el consultorio de modas y sentimental de una revista.

—Otra, por favor.

—Dorian Sutton. Es la directora de una agencia de recortes de Prensa. Ya sabe usted: los artistas y gente importante se suscriben a una agencia de esa clase, la cual, por un canon periódico, se encarga de recortar y remitirles todos los artículos, noticias y fotografías de la Prensa que se refieren al subscriptor.

—Desde luego. ¿Cómo es la Sutton?

—Pues... tendrá unos cuarenta años, alta, muy delgada, usa gafas con montura de acero y tiene la mirada muy viva.

—Propia de su oficio —comenté—. ¿Cuál es la última?

—Carrie Martin, la secretaria de Velia Morgan. Es una muchacha de unos veintiséis años, muy bonita, fina e inteligente. Velia no se la merece, desde luego.

—Muy bien. Ahora ya conocemos a los invitados. Hablemos de la anfitriona.

Ella alargó la mano y tomó otro cigarrillo. Lo encendió con su propio mechero y expulsó el humo.

—Resido en una *villa* en Passani Beach. Como digo, ayer di una fiesta... y acudieron los que he mencionado. Se bebió, se bailó un poco y...

—Repito que debe hablarme de *usted* misma —insistí—. De qué vive, con qué bienes cuenta... y todo eso. Por favor.

—¿Es necesario que le haga una biografía de mi vida para buscar un diamante valorado en doscientos cincuenta mil dólares?

—Pues, sí, desde luego —contesté, haciendo caso omiso de su enojo—. Toda investigación requiere su método y esta que vamos a iniciar no constituye ninguna excepción. Adelante, señorita Russell.

Lanzó un suspiro que me fascinó al ver la peligrosa tensión a que había sometido durante unos segundos la parte superior de su vestido. Hice un esfuerzo y aparté mi vista de aquel sugerente paisaje.

—Como dije antes, mi padre murió hará un par de años. Además de la *villa*, me dejó una herencia valorada, aproximadamente, en un millón de dólares y, por supuesto, el *Skragar*.

—¿El *Skragar*?

—Sí, el diamante que me ha sido robado. Le dieron ese nombre porque procedía de una remota región de la India llamada de tal modo. Bueno, en eso consisten mis medios de fortuna. Soy soltera, tengo veinticuatro años...

—... Y nada que hacer, ¿no es cierto?

Norma enrojeció.

Bueno, la culpa no es mía del todo. Poseer un millón de dólares no invita precisamente a buscarse un empleo.

Torcí el gesto, pero no comenté nada sobre el particular.

—Ahora, dígame lo que sucedió. Con todo detalle. Sin omitir nada.

—Muy bien. Como ya he dicho, en la fiesta se bebió, se bailó... Oh, no crea usted que se trataba de ninguna bacanal. ¡Se ha dicho tanto de fiestas semejantes! Pero allí nos portamos todos de manera muy circunspecta y yo no toleraría en mi casa nunca una escena de subido color, ¿me comprende?

—Y la felicito por su modo de pensar y de actuar en ese sentido, señorita Russell. Continúe, por favor.

—Bien, al cabo de un rato, alguien pidió ver el *Skragar*...

—¿Quién fue?

Norma meditó unos instantes. Luego alzó sus ojos hasta los míos.

—No lo sé. Francamente no lo recuerdo. Cuando quise darme cuenta, eran ya varios los que me lo pedían.

—¿Conocían todos la existencia del diamante?

—Todos, desde luego.

—Muy bien. Adelante.

—De ordinario, el diamante está en mi caja fuerte. Tengo una caja empujada en la pared de mi dormitorio, detrás de un cuadro. Guardo también allí algunas alhajas, procedentes de la herencia de mi madre. Bien, en vista de la insistencia, fui a mi dormitorio, abrí la caja y saqué el diamante.

—He de suponer que ustedes estarían todos en algún salón de la *villa*.

—Así es. Se trata de un gran salón, con dos de sus paredes enteramente de vidrio. Una de ellas da al mar, situado a doscientos metros de distancia escasamente. La otra da al jardín de la casa.

—Prosiga.

—Bueno, el brillante está en una caja forrada de terciopelo negro. Lo llevé al salón y abrí la caja. Es de esas que tienen un resorte... muy corriente y vulgar, desde luego. Alguien me tomó la caja...

—¿Quién?

—No recuerdo. Solo hago memoria de una mano que surgió y me tomó la caja con la piedra preciosa.

—¿Y usted consintió en que le cogieran la caja así como así?

—¿Por qué no? Todos eran amigos, gente de confianza.

—Lo cual no ha impedido la evaporación del *Skragar*. Adelante.

—Bueno, el caso es que la caja pasó de mano en manos. Unos lo tuvieron más tiempo que otros, pero el caso es que el brillante volvió a mí poder.

—¿Está segura?

—Segurísima.

—¿Lo juraría, hablando de una forma metafórica, por supuesto, con la mano derecha sobre un brasero encendido?

Norma vaciló.

—Verá, señor Crixby...

—Hable, no se detenga —la animé.

Me di cuenta claramente de que la señorita Russell se esforzaba por recordar. Se pasó una mano por la frente.

—Creo... pero no estoy segura. Morris y Farr... quizá también Carrie Martin eran los más próximos. Algunos se habían desinteresado ya del brillante y conversaban entre sí o habían reanudado el baile. Compréndalo, por muy interesante que sea una gema, la curiosidad que inspira su contemplación se agota a los pocos momentos.

—Eso es cierto. ¿Y qué más?

—Bien, al cabo de unos momentos, cerré la caja y la llevé a mi dormitorio. La guardé en el cofre fuerte y eso fue todo.

—¿Volvió después al salón?

—Sí.

—¿Pernoctó alguno de sus invitados en la casa?

—Ninguno. Todos se fueron alrededor de las diez y media de la noche. A las once como máximo, ya no había nadie.

—¿Tiene usted alguna sirvienta, doncella, criada, camarera, ama de llaves, en fin?

—No. Solo una mujer viene a hacerme la limpieza por las mañanas a eso de las ocho. Está hasta las once o las doce y luego se marcha.

—Según presumo, su villa está un tanto aislada. ¿No tiene miedo de sufrir ningún asalto durante la noche?

Norma sonrió levemente.

—Tengo un sistema de alarma. Lo conecto desde mi cama y cualquiera que quisiera entrar fraudulentamente, sería detectado al instante.

—¿Entonces, la mujer de la limpieza? —pregunté.

—Toca el llamador. Entonces, me basta alargar la mano y presionar dos botones. Uno desconecta la alarma y el otro abre la cerradura de la puerta.

—Un sistema muy ingenioso, que la permite seguir durmiendo si así lo desea. Veamos ahora. ¿Cuándo ha descubierto el robo del brillante?

—Esta mañana. Tenía que salir. Estaba invitada a una recepción. Pensé que un antiguo camafeo de marfil y brillantes que heredé de mi madre encajaría bien con mi conjunto indumentario y abrí el cofre fuerte para sacarlo. Entonces...

—Una pregunta, señorita Russell. ¿Cuántas veces abre usted la caja fuerte?

—No muchas. No soy demasiado amiga de llevar joyas, la verdad. Si las conservo es más bien porque un día puedo verme apurada. ¿Comprende?

—Perfectamente. Y estoy seguro de que casi siempre, por no decir siempre, que abre el cofre fuerte, echa un vistazo al *Skragar*.

Ella me miró asombrada.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

Me eché a reír.

—Si yo tuviese en mi casa un brillante valorado en un cuarto de millón, también lo miraría con mucha frecuencia. Y entonces fue cuando advirtió su falta.

—Justamente. Después... bien, vine a verle a usted.

—¿Por qué no a la policía?

Norma se mordió los labios.

—Podría originarse alguna publicidad poco agradable para mis amigos. Deseo que este asunto se lleve en secreto.

—Eso es razonable. A Velia Morgan, por ejemplo, no le prestigiaría mucho ser considerada como sospechosa en el robo de un brillante de doscientos cincuenta mil dólares. Dos preguntas tan solo ya, señorita Russell. ¿Estaba asegurada la piedra?

—No.

—Mal hecho. Esto facilita las cosas para el ladrón.

—¿Por qué?

—La Compañía de seguros dispone de medios muy poderosos para rescatar una joya semejante. Además, una vez hubiese metido mano en el asunto, el ladrón no hubiera podido partirla en dos para enmascararla y poder lucrarse con su venta.

La sangre se agolpó al rostro de la muchacha.

—¡Cómo! ¿Supone usted que quieren partir la piedra? —exclamó.

—Si yo fuese el ladrón, eso es lo que haría, aun corriendo el riesgo de una devaluación superior a la mitad de su valor actual. Cien mil dólares, de todas formas, son un buen bocado.

—Pero los dos brillantes resultantes valdrían muchísimo menos, señor Crixby.

—Por eso mismo se lo digo. Entre pagar al tallista y buscar comprador, se le irían ciento cincuenta mil dólares cuando menos. Pero aún le restarían cien mii, con los cuales puede darse la buena vida durante una larga temporada. La última pregunta: ¿Tiene usted alguna fotografía del *Skragar*?

—Esperaba que me lo pidiese, señor Crixby —dijo ella. Metió mano en el bolso y sacó una cartulina que me entregó a través de la mesa.

CAPÍTULO III

Cuando se hubo ido la señorita Russell llamé a mí secretaria.

—Dulcie, haga el favor de repetirme la grabación.

—Sí, señor Crixby.

Encendí un cigarrillo, me recliné en el sillón y cerré los ojos.

Media hora después, llamé de nuevo a la secretaria.

—Venga, Dulcie.

Dulcie Bertram es una chica monísima, que pronta se va a casar con un robusto irlandés, sargento de la policía metropolitana. Está chiflada por su “pies planos” y este la adora. No hay nada que hacer; cuando se empleó en mi despacho, ya estaba comprometida. De otro modo, quizá a estas horas yo habría salido ya de mi soltería.

—Opine, Dulcie.

—¿Por qué me pide eso? —rio, marcándosele en las mejillas unos hoyuelos deliciosos que, supongo, deben encantar al fornido sargento Nolan.

—La intuición femenina.

—¡Oh! ¿Y dónde dejamos la perspicacia, la sagacidad y la agudeza de los buenos investigadores privados?

—Este es un caso de intuición, Dulcie. Dígame usted. ¿Quién robó el *Skragar*?

—Stan Farr —respondió ella sin vacilar.

Miré a la chica a través del humo de mi nuevo cigarrillo.

—¿Por qué sospecha del casi prometido de Norma Ann Russell?

—Usted lo dijo antes: intuición. No puedo decirle más, francamente, no lo sabría.

Me acaricié la mandíbula.

—Stan Farr —repetí—. Un tipo alto, hercúleo, buen mozo... Por cierto, se me olvidó preguntarle a Norma en qué trabaja su casi prometido.

—Yo sé lo diré —respondió Dulcie.

Salió de la estancia y volvió momentos después, con una revista en las manos. Era una publicación de las que suelo tener en la antesala para distracción de los clientes que esperan y que son miopes. Los que tienen la vista bien se distraen contemplando a Dulcie... ¡y hay mucho y bueno donde mirar!

La revista se titulaba *The Yatchman* y, como su nombre lo indica, estaba dedicada en su casi totalidad al deporte náutico. En su portada se veía la efigie de un joven, en colores naturales, tostado por el sol, ojos azul muy claro, sonrisa franca y abierta, agarrado al cordaje del mástil de un velero

de pequeño tamaño. Stan Farr vestía gorra de capitán de yate, camiseta de manga corta a rayas horizontales azules y blancas y pantalón corto azul muy claro. Los músculos pectorales se marcaban claramente a través del tejido de la camiseta.

—Este es el ladrón y no me apeo del burro, a menos que me lo demuestre usted de modo concluyente con respecto a otro de los invitados de Norma Ann Russell —declaró Dulcie taxativamente.

—El chico parece guapo —comenté.

—Se dedica a ganar concursos de vela y posa para anuncios de material náutico.

—Un maniquí masculino, circunscrito al ámbito del deporte marino.

—Justamente.

—Pero eso no resuelve una situación durante toda la vida. ¿Y dentro de diez años, cuando haya echado barriga?

—¿Para qué está el millón de dólares de Norma, jefe?

—Eso es verdad, Dulcie. Si la atrapa, no necesitará más.

Contemplé durante unos momentos la portada de la revista. Luego consulté el reloj.

—¡Cielos! Van a dar casi las cinco de la tarde. Me marchó a empezar las primeras averiguaciones, Dulcie. Usted se encargará de cerrar la oficina.

—Desde luego, jefe. Encuentre el brillante.

—Gracias, guapa. Adiós.

Salí a la calle y durante unos momentos permanecí indeciso. Tenía los nombres y direcciones de cuantos habían asistido a la fiesta de Norma, pero, la verdad, no sabía por dónde empezar. Todos o casi todos eran peces gordos, de los que a uno le pueden fastidiar bastante si se sienten molestos y había que pensárselo muy bien antes de dar el primer paso.

Después de reflexionar bastante, llegué a la conclusión de que me convenía empezar por el primer escalón, es decir, por la persona en apariencia menos importante o sea Carrie Martin, la secretaria de la “estrella”. Estas secretarias suelen estar siempre muy bien enteradas de las cosas que pasan en torno suyo y confiaba en que, por su mediación, podía enterarme de algunos detalles que podrían servirme de mucho en mis indagaciones.

Norma Ann Russell no me había fijado tiempo para recuperar el brillante. Únicamente quería discreción. Esto era lo que más parecía importarle de todo, y cada paso que diera debía estar basado en tal consideración. Así, pues, luego de pensármelo, saqué la libreta donde había anotado direcciones y números de teléfonos de los asistentes a la fiesta y busqué el de Velia Morgan.

Entré en la primera cabina telefónica que hallé al paso. Marqué el número y esperé.

Una voz algo, chillona y de tonos no agradables en exceso me respondió al instante.

—¿Señorita Martin? —pregunté.

—Ha salido —contestó la voz—. ¿Desea usted algún recado para ella?

—Gracias. Me hubiera interesado hablarle personalmente.

—Si es así, puede venir a mí casa. Ella no tardará mucho en volver.

—¿Quién es usted, por favor?

Sonó una risita.

—Lástima de pantalla televisora, ¿verdad? Venga y lo verá, amigo.

Sonó un “¡clic!” y yo me quedé mirando el teléfono con aire absorto.

¿Sería posible que la misma Velia Morgan...?

Colgué el auricular y salí a la calle. En aquel momento, un vendedor de periódicos pasaba por mí lado voceando su mercancía.

—¡El *Star*! ¡Muerte en la bañera! ¡El *Star*!

Movido por la curiosidad, saqué una moneda del bolsillo y se la entregué al pillete. Desplegué el periódico.

La noticia decía que un prominente hombre de negocios local había sido hallado muerto en la bañera, a consecuencia, según deducía la policía, de haber resbalado dentro de la misma y golpeado la nuca contra el borde de mármol.

Esto es cosa que a cualquiera puede pasar y por regla general, la mayoría de los casos son accidentes. La policía así lo creía en el presente.

Pero yo no. Para mí se trataba de un asesinato.

El muerto era Frank T. Morris.

CAPÍTULO IV

Velia Morgan tenía Una cabellera que parecía fuego puro y los ojos más verdes que he visto en mi vida. En cuanto a la carrocería que envolvía su osamenta... bueno, es de esas que cuando uno las ve, solo acierta a hacer “¡glub!” y a abrir mucho los ojos.

Abrió ella la puerta en persona. Vestía una blusa sin mangas y sin hombreras —y por poco sin blusa—, de detonante color azul eléctrico y unos pantaloncitos cortos de color naranja, que parecían pintados sobre sus opulentas caderas. Esto y unos zapatos con tacones de diez centímetros eran toda su indumentaria.

—¿Sí? —dijo con cierta aprensión al verme.

A todas las mujeres les pasa lo mismo la primera vez conmigo. Ya he dicho que no soy estrictamente bajo, pero sí lo parezco dado el nivel medio de la estatura varonil de este país. Si a esto se agregan las gafas con gruesa montura negra que llevo habitualmente, se comprenderá fácilmente que mi aspecto sea más el de un oficinista que el de un detective privado, al menos, según el módulo que el cine, la T.V. y la literatura se han encargado de estereotipar.

—Me llamo Bernie Crixby, señorita Morgan, y soy el individuo que hace unos momentos preguntó por su secretaria.

Velia me miró de arriba abajo, y viceversa. Luego sonrió levemente.

—Pase —dijo, y me precedió por las habitaciones de una casa de película, moviendo cadenciosamente las caderas, hasta llegar a un salón que parecía amueblado por algún genio de la decoración—. ¿Quiere beber algo, señor Crixby?

—Gracias. Un poco de agua mineral con un cubito de hielo y limón.

Velia volvió a mirarme como si fuese un bicho raro. Al fin, encogiéndose de hombros, preparó la bebida que me entregó con seductores movimientos de la parte del cuerpo comprendida entre la garganta y las rodillas.

—Aquí tiene, señor Crixby. ¿Quiere sentarse y esperar a Carrie?

—Puedo estar de pie, por él momento, señorita Morgan —dije.

—Me defrauda usted —manifestó ella de repente, atizándose un buen trago de ginebra con unas gotas de “Martini”.

—¿Por qué?

—Ha entrado en mi casa, en la casa de una de las “estrellas” más cotizadas del momento y ni siquiera ha lanzado un “¡ah!” o un “¡oh!” de admiración.

—Usted no ha leído en mi mente —contesté—. De lo contrario, mis

“¡ahs!” y mis “¡ohs!” la habrían aturdido.

Se echó a reír.

—Muy bonito —dijo. Sentóse en un diván, haciendo gran ostentación de sus extremidades inferiores—. Carrie es muy amiga mía. ¿Por qué no me cuenta lo que le pasa con ella? ¿Acaso es usted un pretendiente desdeñado, señor Crixby?

—Nada de eso. En mi vida he visto a la señorita Martin. Lo que sucede es que deseaba verla para que me diese algunos detalles de la fiesta a que asistió anoche en casa de la señorita Russell.

El rostro de Velia se ensombreció ligeramente.

—¿Y por qué no a mí, señor Crixby? —preguntó.

—Verá, estimé desde el primer momento que no debía molestar a una persona tan importante como usted. Para eso tiene a su secretaria, ¿no?

—¡Pero puesto que Carrie no está! —Velia sacudió la cabeza con cierta melancolía—. La gente se cree que una artista de cine es un monstruo sagrado, algo que ha de contemplarse desde lejos y adorarse mudamente. ¡Qué equivocación!

—La realidad suele ser esa casi siempre, ¿no es cierto, señorita Morgan?

—Llámemme por mí nombre, Bernie —dijo, despachando la copa—. Me disgustan los tratamientos... y usted parece un hombre simpático.

—Gracias.

—Mire usted, Bernie; una artista de cine de mis condiciones tiene un éxito loco debido a... —inspiró con fuerza, a la vez que adelantaba el busto prominente—. ¿Comprende?

Moví la cabeza afirmativamente.

—Siga, por favor.

La voz de la artista sonaba melancólicamente.

—Pero yo sé por qué he llegado donde estoy. Como artista soy una nulidad, lo reconozco; tan dúctil como un poste de telégrafos. Por eso no quiero engañarme a mí misma. Dentro de nada saldrá otra mujer con un par de centímetros más de medidas pectorales y a mí me arrinconarán... porque, la verdad, no tengo nada de artista.

Se sirvió otra copa y bebió la mitad.

—Aunque —dijo volviéndose hacia mí con una amplia sonrisa—, no sé por qué le estoy contando todo esto, Bernie.

—Quizá es porque mi aspecto le inspira confianza.

—Y solo le llevo tratado un cuarto de hora escasa y, además, no sé quién es usted ni qué es lo que desea, aparte de ver a Carrie, naturalmente.

Tomé un sorbo de mi bebida. Me puse en pie y me acerqué a Velia, la cual permanecía en pie, apoyada en el pequeño bar que había instalado en aquel lugar de la casa.

—Velia —dije—, jamás he tenido ocasión de hablar con una “estrella”

de cine, pero debo manifestarle una cosa. No voy a discutir sus cualidades artísticas. En cambio, le diré que tiene usted algo que vale muchísimo más que su propia belleza física. Parece frívola, coqueta e inconsecuente... pero solo lo parece, dado que debe representar su papel tanto en la pantalla como en la vida real. Sin embargo, posee unas cualidades morales muy estimables: es franca, sincera y tiene nobleza de sentimientos, cosa que no pueden decir muchas personas en este mundo.

Me miró largamente a través de sus espesas pestañas, que no debían nada al maquillaje. Sus ojos estaban a diez centímetros sobre los míos, pero era debido a los tacones de sus zapatos.

—Es usted el primero que me dice una cosa semejante, Bernie —dijo con voz húmeda y no precisamente por la ginebra.

—¿Qué le dicen los demás, Velia?

—¿Por qué no se lo figura?

Fue a beber, pero le quité la copa.

—No. Beba lo mismo que yo, Es mucho más sano.

Sonrió alegremente.

—A cada minuto que transcurre, me es usted más simpático. Y ahora, ¿por qué no me dice lo que quiere de Carrie?

—Lo mismo puede decírmelo usted, Velia. Pregunté por Carrie porque supuse que hablar con usted sería algo imposible. Pero —y ello me alegra infinito—, veo que me equivoqué rotundamente. Y no sabe cuánto lo celebro, además.

—Gracias, Bernie. ¿Quiere que le confiese una cosa?

—Adelante, Velia —dije.

—Escuche esto: No es usted el tipo que enloquecerá a una mujer con solo dos miradas y cuatro palabritas. Pero en cambio, cuando la enamore, esa mujer le querrá durante toda la vida y le seguirá hasta el mismísimo infierno si es necesario. Y ella se sentirá segura y protegida a su lado, como no se sentiría, sin duda, al lado de un tipo apuesto y varonil.

—Como Stan Farr, por ejemplo, ¿verdad?

Los ojos de Velia chispearon un instante.

—¿Por qué na mencionado a Stan Farr, Bernie?

—Porque estuvo en la misma fiesta a que usted asistió ayer tarde en casa de Norma Ann Russell.

—Es cierto. Pero ¿qué tiene esto que ver con lo que hablamos?

—Muy sencillo. La señorita Russell les enseñó el *Skragar*.

—Sí.

—Bien, esta mañana, al levantarse, ha advertido la falta del brillante. Velia palideció.

—Oh, no, no —murmuró. Su mano se crispó repentinamente en torno a la barra del mostradorcito.

—Lo siento, pero es así. Por eso quería ver a Carrie... y más adelante,

hubiese tratado de entrevistarme con usted, Velia. No me importa que se hayan invertido los términos, la verdad.

Ella me escrutó durante unos segundos.

—¿Quién es usted, Bernie?

—Norma Ann Russell ha venido después de mediodía para contratar mis servicios como investigador privado.

—¿Y por qué no ha denunciado a la policía la desaparición del brillante?

—Dice que no quiere perjudicar a los asistentes a su fiesta, ya que si lo hiciera así, se organizaría una gran publicidad que a algunos podría molestarles bastante. A usted, por ejemplo.

—Es cierto —murmuró Velia pensativamente—. ¿Y qué quiere usted que le diga, Bernie?

—Todo cuanto sepa —respondí.

Ella meditó unos segundos. Después habló un rato, relatándome poco más o menos lo que ya conocía.

A continuación, pasé al turno de preguntas.

—¿Vio usted el *Skragar*?

—Sí, claro. Como todos.

—¿Quién le pidió a la señorita Russell que enseñase el diamante?

Velia reflexionó durante unos segundos.

—Zlabor, creo. No se lo puedo asegurar, porque casi de inmediato otros también se lo pidieron.

—¿Recuerda usted los nombres?

—Betty Kroeder... el coronel... Y luego todos, claro.

—¿Usted también?

Velia hizo un gesto vago.

—Posiblemente. Pero si lo pedí, fue por hacerles el coro, no porque me interesase realmente ver aquel pedrusco.

—¿No le gustan a usted las piedras preciosas?

La “estrella” rio con fuerza.

—Me gustan más los terrenos. En eso invierto mis ganancias. Ahí sí que no valen ladrones, ¿comprende? En casa y para mí adorno solo empleo bisutería. Buena y bien realizada, pero bisutería al fin y al cabo.

—¿Vio usted a Norma Ann cerrar la caja con el brillante?

—No.

—¿Qué hacía en aquel momento?

—Defenderme.

—¿De quién?

—Del coronel. ¡Vaya un tipo pegajoso!

—Entonces, no vio a Norman llevarse la caja a su cuarto.

—En absoluto. El coronel no hacía más que acosarme, con mucho disimulo, pero con más empeño todavía y yo ya tenía bastante con

defenderme de sus...

—¿Proposiciones?

Velia volvió a mirarme.

—¿Usted qué cree?

—¿Qué clase de tipo es el coronel?

—Va hacia los sesenta, pero se conserva. Y, claro, se lo ha creído.

—¿Tiene dinero?

Velia levantó los hombros.

—No lo sé. Vive bien, eso es todo. Es muy simpático, tiene una conversación muy amena... pero los sesenta están a punto de caerle.

—Y, claro, usted tiene veintitrés.

La “estrella” sonrió placenteramente.

—No trate de conquistarme por medio de la adulación, Bernie. Veintisiete bien cumplidos —se pasó las manos por las caderas, sacando el busto con gesto mareante—. Los llevo bien, ¿verdad?

Hice “¡glub!”. Ella lo notó y rio cristalinamente. Luego puso sus manos en mis hombros.

—Eres un muchacho magnífico, Bernie, y me gustas un rato.

—Gracias, Velia.

—Deseo que tengas mucha suerte y que encuentres al ladrón.

—Al brillante —le corregí—. Norma Ann no quiere publicidad.

—Sí, claro —se mordió el labio inferior pensativamente.

Todavía tenía las manos puestas sobre mis hombros. El pecho le palpitaba suavemente y de su cuerpo emanaba un suave e indefinible perfume que me turbó notablemente.

—Bernie.

—¿Sí, Velia?

—No eres un tipo de cine, pero me gustas. Quizá porque no lo eres.

—Gracias, Velia —y me dije que por qué no trataba de aprovecharme de la situación.

Estreché su talle. Velia se estremeció y lanzó un hondo suspiro, a la vez que bajaba ligeramente la cabeza.

—Bernie —susurró.

Nuestros labios se unieron en un cálido beso. Permanecimos así unos segundos hasta que, de repente, oímos el chasquido de una puerta.

CAPÍTULO V

Nos separamos rápidamente. Velia tenía el rostro muy encendido y en cuanto a mí... Busqué cigarrillos con el fin de ocultar mi turbación.

Una mujer penetró en la estancia. Era muy bonita y atractiva y al momento comprendí que se trataba de la secretaria de Velia.

Velia hizo las presentaciones y le explicó lo que sucedía.

Carrie palideció.

—¡Dios mío! ¡Es horrible! ¿Y quién ha podido ser el ladrón?

—Lo siento —manifesté—, pero solo pudo ser uno de los asistentes a la fiesta.

Carrie me miró con gesto de desagrado.

—Acusa usted demasiado pronto, señor Crixby.

No me inmuté.

—Por lo que me ha dicho la señorita Russell, solo pudo ser alguno de los nueve invitados. De los cuales es preciso descartar ya a uno de ellos.

—¿A quién? —preguntó la “estrella”.

Me volví hacia Velia.

—Frank T. Morris. Se mató esta mañana al resbalar en su bañera.

—¡Oh!

Las dos mujeres soltaron la exclamación a la vez.

Carrie palideció aún más todavía.

—¡Muerto! —dijo—. Pero, ¿quién ha podido desear su muerte?

—¿Y quién ha dicho que se trate de un crimen?

Carrie me miró desconcertada.

—Usted... yo... Se me ocurrió, eso es todo, señor Crixby.

—¿Sospechaba usted que podrían querer asesinarle?

La secretaria apretó los labios. Norma Ann la había descrito como “muy bonita, fina e inteligente”. Podía haber añadido “y astuta”. Esto era lo que me decían sus oídos.



-¿Quieres beber algo?

—Entonces, usted supone que alguien quiso asesinar al señor Morris.

—Bueno, tratándose del robo de una piedra preciosa de tanto valor...

—Eso quiere decir que sospecha del señor Morris como el presunto ladrón.

—Estaba todo el tiempo al lado de la señorita Russell.

—Pero esta cerró la caja que contenía la piedra poco menos que en público. Tres o cuatro personas vieran el gesto.

—Yo, no, desde luego.

—¿Y Morris sí?

Carrie se encogió de hombros.

—No podría asegurarlo. Las fiestas de la señorita Russen son muy formales, pero siempre se toma una copa de más.

La miré con reprobación.

—Quizá esto la ofenda, señorita Martin, pero el deber de una secretaria en una coyuntura semejante es mantenerse sobria y dispuesta a atender en todo momento los deseos de la persona que la emplea.

—Lo siento...

—Bernie, deja en paz a Carrie —intervino Velia de pronto—. Ninguno nos emborrachamos, por supuesto, pero todos bebimos más de una copa. El ambiente era muy alegre y animado. ¿Cómo quieres que Carrie recuerde detalles tan minuciosos?

Carrie se asombró al observar el tuteo de Velia hacia mí y viceversa, aunque no hizo el menor comentario.

—Lamento haber hablado así —respondí—. Pero has de tener en cuenta que al hacerlo defiendo los intereses de Norma Ann Russell, la que me ha contratado para recuperar el brillante.

—Está bien —concedió la “estrella”—. Pero si ella no lo recuerda, no debes forzarla demasiado, Bernie.

—Trataba únicamente de ayudarla a hacer memoria. Bueno, les ruego me dispensen. He de continuar mis investigaciones. Señorita Martin, celebro mucho haberla conocido. Velia...

—Espera —dijo la famosa, con repentino impulso—. Te acompañaré.

Vino conmigo hasta la puerta. Una vez allí, me miró mientras sonreía de un modo como no se le había visto jamás ni en la pantalla, ni en las fotografías publicitarias.

—Bernie —repitió en voz baja—, me gustas.

—También tú a mí. Velia.

—Llámame siempre que quieras.

—Tu secretaria me cerrará el paso.

—Toma nota de mi número privado de teléfono. Te atenderé siempre en cualquier momento.

Anoté el número en mi agenda. Luego estreché su mano.

—¿Solo esto, Bernie? —dijo ella decepcionada.

Velia me contempló muy extrañada.

—Descálzate.

Velia me contempló muy extrañada.

—¿Por qué?

—Hazlo, te lo ruego.

Obedeció y apoyó sus pies sobre el linóleo del suelo.

—Los dos tenemos la misma estatura, Velia —observé.

Y de repente la atraje hacia mí—. De este modo no tengo que ponerme de puntillas para...

Ella sonrió mefistofélicamente.

—Comprendo —dijo con un amplio suspiro. Y entrelazó sus dedos por detrás de mi nuca.

Diez minutos más tarde, todavía estaba como si sonasen campanitas dentro de mi cerebro. Me salté a la forera dos luces rojas, estuve a punto de atropellar a una anciana y evité milagrosamente una colisión con un autobús repleto de pasajeros.

Poco a poco me fui serenando. Y mientras me dirigía a mí nuevo objetivo, reflexioné un poco sobre las conversaciones que acababa de sostener.

Velia me había parecido una muchacha honesta y sencilla, aupada a la popularidad como consecuencia de su físico impresionante. En cambio, Carrie, me daba la sensación de ser un gran gato, de melosos ademanes y piel de seda, pero con unas uñas de acero escondidas bajo tan suave envoltura.

¿Por qué había dicho que se trataba de un crimen? Claro que esta hipótesis también se me había ocurrido a mí apenas me enteré de la muerte de Morris, pero no lo había comentado en voz alta. En cambio, Carrie —“bonita, fina e inteligente... Velia no se la merece, ciertamente”— era casi lo primero que había dicho. ¿Qué sabía ella del asunto?

¿No valía la pena acorralarla un poco y someterla a un interrogatorio a fondo?

Animado de estos deseos, decidí hacerlo al día siguiente, pero buscando el lugar y la ocasión. Tendría que ser por sorpresa, de modo que ella no se percatase de mis ataques, hasta que fuese demasiado tarde.

Por cierto, ¿dónde había estado aquella tarde? Este era otro extremo que convendría investigar... al día siguiente, por supuesto.

Era ya de noche cuando llegué a la *Morgue*.

Busqué una excusa para ver el cuerpo de Morris. No encontré otra que fingirme escritor de novelas policíacas que deseaba ambientarse para una obra que tenía en preparación. Apoyé mi demanda con un billete de diez dólares y el encargado del depósito accedió a mis deseos.

Vi unos cuantos cadáveres, algunos de ellos esperando desde semanas

antes a que sus familiares o amigos los reclamasen, conservándose en los armarios frigoríficos. Al fin, el hombre llegó al cuerpo del negociante en bienes raíces.

—Este sí que es un caso de mala suerte —dijo, meneando la cabeza—. Patinó en la bañera, cayó de espaldas y, ¡plaf! la calabaza hecha trizas.

—Sí, desde luego —concordé.

Miré el rostro de Morris. Parecía tranquilo, como si durmiera. En vida había sido un hombre robusto, un poco alto de presión, y no era extraño que a sus cuarenta y cinco años, atrajese todavía más de una mirada femenina, según me había confesado Norma Aun Russell.

Un resbalón en la bañera, pensé. Casual, desde luego, pero, también, ¡qué oportuno!

De repente se me ocurrió una idea.

—¿Podría ver la herida? —saqué otro billete.

—Claro —contestó el encargado.

El mismo dio la vuelta al cuerpo, colocándolo boca abajo. Encendió una lámpara supletoria y enfocó el haz de luz sobre la nuca de Morris.

Dominando mis aprensiones, me incliné sobre el cadáver. No había sangrado, ya que ni siquiera la piel se había reventado. Al tacto se notaba una blandura singular, era la de los huesos quebrados por el golpe.

Pero, de repente, mis dedos advirtieron un detalle, que me hizo meditar notablemente.

La herida estaba en la base del cráneo y se percibía claramente que la fractura había sido la causa determinante de la muerte.

Sin embargo, un poco más arriba del lugar donde estaba hundido el occipital, se advertía un ligero bulto, una especie de chichón, como si allí también hubiese recibido otro golpe.

Medité unos segundos. Para mí, la cosa estaba bien clara: Morris había sido asesinado.

¿Por qué? ¿Por quién?

Eran estas dos preguntas a las cuales no podía contestar por el momento. Pero mentalmente, me estaba figurando cómo había sucedido la cosa.

Volví la vista hacia el empleado de la Morgue.

—Gracias por todo, amigo —dije—. Su colaboración dará frutos excelentes en mi próxima novela.

—Celebraré que sea un éxito —respondió el individuo.

—Le dedicaré un ejemplar el día que se publique.

¡Adiós!

De la Morgue me dirigí a la primera cabina telefónica que hallé. Unos momentos después, estaba hablando con el sargento Nolan, el prometido de Dulcie Bertram.

—¿Nolan? Habla Crixby.

—¿Qué tal, amigo? ¿Qué grave noticia tiene que comunicarme el as de los investigadores privados?

Una que creo le interesara, sargento. ¿Ha leído los periódicos hoy?

—Sí, claro.

—Un tal Morris ha muerto, a consecuencia, según parece, de un resbalón en la bañera.

—Sí, lo recuerdo. No he intervenido yo en el caso, pero... Eh, oiga, Crixby, ¿qué es lo que está tratando de sugerirme?

—Asesinato —dije simplemente. Y colgué.

Por el momento no me convenía que la policía me localizara, así que abandoné aquella cabina y busqué otra situada a varias manzanas de distancia. Marqué un número y esperé.

—Señorita Russell, soy Crixby.

—¿Ha encontrado ya el diamante?

—¡Ojalá! —exclamé—. No, no se trata de eso, sino de advertirle una cosa. ¿Se ha enterado de la muerte de Frank Morris?

—¡Dios mío! ¡No! Es la primera noticia que tengo.

—¿Es que no lee usted los periódicos?

—Desde luego. Apenas me interesa lo que ocurre en este mundo. Pero, ¿quién ha matado a Morris?

Fruncí el ceño. Norma Ann era la segunda mujer que hablaba de asesinato sin que yo hubiese mencionado tal palabra. ¿Por qué?

—No lo sé —contesté, siguiéndole la corriente—. ¿Tiene usted alguna idea?

—En absoluto. No se me ocurre quién pueda haber matado a Morris. Era una buena persona y... ¡Oh!

Su chillido por poco si me rompe los tímpanos.

—¿Qué sucede? —exclamé, un poco asustado.

—¡la policía! Indagará acerca de las amistades de Morris.

—Desde luego. Pero no tiene usted por qué mencionar el robo del brillante, a menos que lo desee así específicamente.

—¡Cielos, no!

—Entonces, ahora cuando haya terminado de hablar conmigo, llame a la señorita Morgan y dígame que calle lo del *Skragar*. Y su secretaria también. Les interrogará la policía como en relación con su asistencia a la fiesta que les dio usted, pero nada más. ¿Comprende?

—Desde luego. ¿Es que ellas también saben lo de la desaparición del brillante?

—¡Naturalmente! Tenía que interrogar a todos los concurrentes a su fiesta y empecé por ellas dos, eso es todo. Oiga —dije de pronto— ¿por qué ha dicho “también”? ¿Quién más lo sabe?

A través del hilo percibí claramente las vacilaciones de Ann Russell.

—Stan Farr —respondió titubeante.

—Muy bien. Dígale lo mismo. Silencio absoluto en lo que se refiere al brillante, ¿estamos?

—Dé acuerdo, señor Crixby. Gracias por todo.

—No hay de qué. Y colgué.

Encendí un cigarrillo. Luego pensé que en modo alguno me convenía volver a mí casa, porque, a buen seguro, tendría allí al sabueso de Nolan esperándome para interrogarme en relación con la muerte de Morris. De modo que me alojé en un hotel poco conspicuo, cené y luego me dormí con la tranquilidad de los justos.

CAPÍTULO VI

Los periódicos de la mañana alborotaban bastante con el nuevo descubrimiento. Morris no había muerto accidentalmente, había sido asesinado. El examen médico demostraba concluyentemente que Morris había sido golpeado primero cara hacerle perder el sentido y poder así asestar el segundo y mortal golpe con toda tranquilidad, calculando justamente la potencia del impacto para hacer creer en un accidente.

Pero el asesino había errado en un punto. El segundo golpe no había coincidido con el primero, pese a sus esfuerzos, y este último era el que había delatado la acción criminal. Naturalmente, la policía estaba practicando una pista con relación a un probable sospechoso y bla, bla, bla... lo que se suele decir en estos casos, vamos.

Doblé el periódico y me lo guardé en el bolsillo. Sonreí al imaginarme los esfuerzos del irlandés para localizarme. Me imaginé que Dulcie ya estaría loca para aquellas horas, a fuerza de llamadas de su prometido, pero por el momento me convenía libertad de acción.

Media hora más tarde estaba en el muelle del Club Náutico. Aparqué el coche y busqué con la vista un barco.

No tardé mucho en encontrarlo. Era un yate de doce metros de eslora, provisto de un mástil para vela mayor y escandalosa, además de los focos y el balón correspondiente, este con viento en popa. Era de finas líneas y con brisa favorable y a todo trapo, debía alcanzar fácilmente los dieciocho nudos. Me di cuenta de que disponía además de motor auxiliar para casos de necesidad, pero su verdadera potencia residía en el velamen.

Atravesé la plancha que lo unía al muelle. El nombre de Norma Ann en el coronamiento de popa era harto significativo. “Lo que puede el dinero”, pensé.

Mis pasos resonaron claramente sobre la tablazón de cubierta. Al oírme, un hombre salió de la cámara semihundida, contemplándome con expresión reluciente.

—¿Quién es usted? —preguntó.

La fotografía había sido retocada, indudablemente. Las patas de gallo y las menudas bolsas que Stan Farr tenía bajo los párpados indicaban que su vida no era todo lo sana que pudiera desearse.

—Bernie Crixby —dije—. Trabajo para la señorita Russell.

Farr terminó de subir la escala y se puso a mí nivel. Verdaderamente era un tipo de los que enloquecen a las mujeres. Al menos me pasaba quince centímetros de altura y un número igual de kilos, si no más en ambos casos. Vestía unos pantalones cortos y su musculoso torso estaba

cubierta con una simple camiseta blanca de hilo, de manga corta.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que desea?

—¿Habló la señorita Russell anoche con usted?

—Sí, desde luego. Me dijo que cerrase el pico.

—Sano consejo. Pero que no se refiere a mí, desde luego.

—¿Está seguro, Crixby?

El tono de Farr era desabrido, hostil. Fingí no advertirlo.

—Por completo. Escuche, voy a hacerle unas preguntas.

Chasqueó los dedos.

—Ahueque el ala, mequetrefe.

—Espere un momento, demonios.

—Largo, enano.

Empecé a enfadarme.

—Óigame, señor Farr, si no me cree...

—No, no lo creo. Y basta ya de conversación. No tengo ganas de hablar con nadie y menos con usted.

Lo miré de hito en hito. ¿Tendría razón Dulcie Bertram?

—¿Por qué no quiere hablar? Trabajo para la señorita Russell. Usted es...

—No soy nada. Lárguese antes de que me obligue a echarle a puntapiés.

—Ya será un poco menos —dije.

Una vena se hinchó en la frente del Apolo. Sus ojos relucieron, malignamente.

—¿Quiere probarlo, mequetrefe?

—No, si puedo evitarlo. Pero yo le aconsejaría que no se fiase de las apariencias. Vamos abajo y hablemos como las personas decentes —insistí.

—Por última vez; ¿se marcha o...?

—¿Voy a tener que creer que no le interesa a usted que se descubra quién es el ladrón del *Skragar*?

Un relámpago de ira brilló en las pupilas de Farr. Sin previo aviso, disparó su puño contra mi mandíbula.

Hay mucha gente equivocada en este mundo. Creen que una estatura mediana y unas gafas de gruesa montura son indicio de debilidad física. Farr era uno de estos.

Cuando se quiso dar cuenta, ya estaba patas arriba sobre cubierta, frotándose lastimeramente el hombro derecho. Si hubiese ejercido un poco más de presión, le habría quebrado el brazo por diez o doce sitios a la vez. Ventajas de conocer algunos trucos de “judo”.

Me incliné sobre él.

—Y ahora —dije—, llamaré por teléfono a la señorita Russell y la diré que usted se negó a cooperar conmigo. Usted verá qué es lo que más le conviene hacer. ¡Adiós!

Dejé el yate y tomé el automóvil, sin mirar hacia atrás ni una vez. Monté en el coche y busqué la casa donde residía el coronel Staunton.

Staunton, lo advertí a las primeras de cambio, era un individuo fantasioso y propenso a la volubilidad en la oratoria. Movía las manos exageradamente al hablar y cada una de sus frases estaba dirigida a sí mismo. En suma, era uno de los que se escuchan con deleite cada vez que dicen una cosa tan sencilla como “gracias”.

No saqué nada en limpio, excepto que ignoraba en absoluto que Morris hubiese muerto asesinado.

—No leo periódicos —dijo enfáticamente.

—¿Ni tampoco sospecha quién pudo robar el *Skragar*?

—En absoluto —hinchó el pecho—. Pero si algo le sucede a Norma, si algún bastardo mal nacido la causa el menor daño, tendrá que vérselas conmigo, se lo aseguro, jovencito.

¿Y por qué no interviene antes de que se produzca ese daño? —dije suavemente.

El coronel seguía sin poder hablar cuando yo ya estaba fuera de su casa.

De allí me dirigí a ver a Betty Kroeder, la consultora sentimental.

Desde luego, hay casos en que el físico no acompaña para nada a la profesión que se ejerce. Uno hubiera podido pensar que la Kroeder era una mujer delgada, etérea, fuera de este mundo, llena de delicados ensueños y viviendo siempre continuas historias de amor.

Era todo lo contrario. Alta, maciza, de carnes desbordantes, mal contenidas por un ajustado vestido verde botella que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel, me miró con ojos devoradores apenas me echó la vista encima.

Le expliqué lo que quería saber en pocas palabras. Ella denegó de inmediato.

—En absoluto. No tengo ni la menor idea, señor Crixby. Pero, desde luego, sí puedo afirmarle una cosa: ya no he sido.

Y rio su propia gracia como algo muy divertido, naciendo que el pecho se le agitara con gelatinosos movimientos.

Reí también por cortesía. Luego me dispuse a marcharme.

—Aguarde un momento —dijo la Kroeder con voz ronca, insinuante—. ¿No quiere tomar una copa conmigo?

Sus ojos ardían.

—Gracias —dije, estremeciéndome para mis adentros—. Tengo mucho trabajo.

—Bueno, son solo cinco minutos, señor Crixby.

—Repito que lo siento mucho, señorita Kroeder. Gracias por codos sus informes y, ¡hasta la vista!

Hizo un gesto despectivo. “¡Qué estúpido!”, parecía querer decir. Pero

yo tenía mucho que hacer.

De allí me fui a la agencia de recortes.

Dorian Sutton era tal como la había descrito Norma. Añadiré otra cosa por mí cuenta: avinagrada.

Me miró como si fuese un bicho raro, y estoy segura de que en su interior lamentaba intensamente no poder disponer de un fumigador para arrojarne de su despacho.

—Sí, sé que Morris ha muerto... No, no sé quién pueda ser su asesino.

Hasta aquel momento no había hablado para nada de la piedra. Entonces dije:

—¿Quizá el mismo que se llevó el *Skragar*, señorita Sutton?

Los ojillos de la mujer se hicieron más pequeños todavía.

—¿Qué es lo que está diciendo, Crixby?

—Esta mañana, al levantarse, la señorita Russell echó de menos el diamante. Es obvio que uno de sus invitados lo robó.

—¡Qué absurdo! ¡Acusamos de ladrones a uno de nosotros! ¿Se da cuenta de lo que está diciendo, Crixby?

—Perfectamente. Pero, en todo caso, yo no hago otra cosa que repetir las palabras de la persona que me emplea, en este caso, la señorita Russell.

El cetrino rostro de la Sutton se coloreó momentáneamente.

—¡Pues dígle a esa... (aquí una palabra impublicable) que yo no he robado el diamante, en primer lugar, en segundo, las piedras preciosas no me interesan y, en tercero, la publicidad me importa un bledo!

—¿Está segura, señorita Sutton?

Sus ojillos chispearon como pedernales.

—Segurísima. Escuche, fui a esa fiesta gracias a Velia Morgan, a la cual suministro todos los recortes que se refieren a ella. Jamás había visto antes de ahora a la señorita Russell. Y no pienso volver a verla jamás. Si de algo puedo preciarme es de ser honrada, ¿me comprende?

Las palacras salían de entre los delgados labios de la Sutton con la rapidez de las balas por la boca de una ametralladora.

—Gano lo suficiente para vivir cómodamente y ni el maldito *Skragar* ni cualquier otro pedrusco semejante me quitarían el sueño por un solo momento.

—Pero usted pidió verlo —aventuró Dorian Sutton pegó un bote.

—¿Yo? ¡Jamás! —negó con energía.

—Bueno, al menos lo estuvo contemplando.

—Oiga, ¿y qué cree que hicieron los demás?

—Claro, claro —me puse en pie, sonriendo solo con los dientes—. Gracias de todas formas por sus informes, señorita Sutton. Adiós.

Dejé la oficina y pasé al antedespacho. Abrí la puerta exterior y la cerré de golpe, pero no salí al corredor.

En lugar de ello, volví de puntillas hasta la puerta del despacho de la

Sutton. Estaba ligeramente entreabierta y la oí hablar por teléfono.

—¿Eres tú? Sí... Escucha, acaba de, estar un detective... Sí, anda indagando lo del brillante... ¿Qué si lo sé? ¿Cómo diablos quieres que lo sepa? No, él no me lo ha dicho, por supuesto... Escucha, tienes que...

Aquí la voz se bajó hasta convertirse en un murmullo. Ya no pude escuchar el resto de la conversación.

Pero en cambio sí había averiguado una cosa muy importante. Dorian Sutton sentía un *gran* interés por la piedra, pese a sus exageradas manifestaciones en contra.

¿Quién era el otro que también se interesaba por el brillante?

Salí sin hacer ruido. No quería que la Sutton supiese que la había oído hablar por teléfono. Se lo diría en el momento oportuno.

Cuando terminé aquella primera etapa de mis gestiones, pude darme cuenta de que eran ya más de las dos de la tarde. Tenía hambre y me metí en el primer restaurante que encontré al paso para saciar mi apetito.

Estaba terminando cuando, de repente, vi entrar dos tipos cuyo aspecto me desagradó desde un principio.

CAPÍTULO VII

Al verlos, sentí una especie de aviso interior que me dijo que aquellos tipos me andaban buscando. Bajé la vista, hundiéndola en el plato, pero fue inútil. Alguien debía haberles facilitado mi descripción, porque tras unos segundos de vacilación, se vinieron rectamente hacia mí.

—¿Señor Crixby? —dijo uno de ellos.

Tenía la mano derecha metida en el bolsillo de su chaqueta. El gesto era significativo.

Los calé enseguida. Eran dos gorilas, dos tipos sin escrúpulos, capaces de propinar un palizón a su padre si se lo pagasen bien. Tenían buena planta física y a su lado, yo parecía un alfeñique.

—Sí —contesté al cabo.

—Levántese y síganos —dijo el mismo que había hablado.

—¿Por qué?

—Policía. No haga más preguntas y venga con nosotros.

—¿O quiere que lo llevemos a rastras? —dijo el otro. Arrojó un billete sobre la mesa y añadió—. Vea, hasta le pagamos la cuenta. Vamos, enano, estire su metro y medio y mueva los pies hacia la puerta.

Suspiré, resignado. Lo de la policía era un cuento, pero ¿qué podía hacer? Si protestaba, sacarían a relucir unas credenciales falsas y nadie les opondría la menor resistencia. No tenía otro remedio, pues, que seguirlos.

—Conforme.

Me puse en pie, salí de detrás de la mesa y empecé a caminar entre ellos.

Al lado de la acera había un coche negro de gran tamaño, con un tipo sentado ante el volante con todo el aspecto de una estatua. Entramos en el interior del vehículo y me obligaron a sentarme entre los dos.

—Arranca, Flo —dijo uno de los gorilas.

El coche se separó de la acera con suma suavidad. Recorrimos unas cuantas calles con paso moderado y luego el chofer lanzó el vehículo a toda velocidad por una carretera secundaria, en dirección a los Montes Tehachapi.

Poco a poco, el tráfico se fue aclarando. Ni siquiera me molesté en hacer preguntas a mis cantores. Demasiado suponía lo que iban a hacer conmigo.

Al cabo de veinte millas y quince minutos, el coche se desvió por una carretera enteramente de grava, que corría va francamente por el desierto, en medio de un barranco continuo y zigzagueante, de paredes calcáreas.

Recorrimos diez millas más. Al cabo de este espacio, el chofer derivó hacia la izquierda, por otro ramal aún más angosto y en peor estado que el

anterior. Media milla más adelante, el chofer detuvo el coche.

Examiné el paraje. El camino terminaba en el fondo de un angosto cañón sin salida. Las paredes no eran muy altas, cuarenta metros cuando más y en algunos sitios, la pendiente era muy suave. Estaban llenas de grietas, provocadas por el agua en la estación pluviosa y no se advertía en ellas el menor signo de vida de ninguna clase, ni animal ni vegetal. Era un paisaje árido, desolado, inhóspito, por completo semejante al que se encontrarían un día los primeros astronautas cuando lleguen a nuestro satélite.

A pesar de que eran ya las cinco de la tarde, hacía un calor horroroso en el fondo de aquel embudo. No soplaban ni una pizca de aire y la atmósfera poseía una sequedad absoluta, que hacía crujir las ropas a los pocos momentos y provocaba una abundante transpiración, disipada instantáneamente por la elevada temperatura que reinaba.

—Baja —dijo uno de los gorilas.

—¿Para qué? —pregunté.

—Baja y lo verás —replicó de mal talante.

Miré en torno mío. Por más que lo pensaba, no encontraba la menor posibilidad de escapar. Antes de que hubiese corrido dos pasos, aquellos tipos me hubieran acribillado a balazos.

Suspiré. La carrera de Bernard Crixby como investigador privado había terminado allí.

Puse los pies en el suelo. Aquellos tipos me pegarían dos tiros y luego arrojarían mi cuerpo en cualquiera de las grietas del barranco. Pasarían quizá años antes de que algún curioso se aventurase a pasar por allí y descubriera mis restos calcinados por el implacable sol del desierto californiano.

—Camina —dijo el gorila.

Me volví hacia ellos. Los dos estaban armados y me miraban con rostros tan expresivos como una losa de cemento.

—¿Vais a matarme? —pregunté.

—¿Tú qué crees, enano? —respondió uno de los pistoleros—. Vamos, anda.

—No —respondí resuelto—. Si pensáis pesarme un tiro, al menos quiero ver las cosas de frente.

Los dos tipos se sintieron repentinamente incomodados.

Esto era precisamente lo que yo deseaba. Hay mucha diferencia entre pegar un tiro en la nuca a un tipo que camina delante de uno, a pegárselo de cara. Los ojos del que va a morir molestan mucho. Parecen los de la conciencia propia y por muy avezados que estuviesen aquellos tipos a todo género de tropelías, no podían constituir una excepción a la regla.

Sicología, se llama a esta figura. No es lo mismo disparar contra un tipo inerte que contra otro que tiene una pistola en la mano. En el segundo

caso, se trata siempre de salvar el propio pellejo. En el primero es, dicho lisa y llanamente, un vulgar asesinato.

—¡Camina, he dicho! —gritó uno de los pistoleros con voz ronca.

—Repito, que no —contesté con voz firme. Trataba de provocarlos con el fin de ver si podía echar mano a la muñeca de alguno de ellos.

Entonces, de modo brusco, intervino el chofer.

—¿Qué os pasa, estúpidos? ¿Os echáis a temblar porque ese enano se os resiste? ¿Qué sois: hombres o mujeres?

Dijo otra cosa, pero no la puedo repetir. A continuación, agregó:

—Si vosotros no lo hacéis, lo haré yo —y se apeó del coche, por el lado izquierdo. Yo y los otros dos gorilas nos hablamos bajado por el costado opuesto.

En aquel momento sonó un disparo. El chófer lanzó un grito y se desplomó, arañando el metal de la carrocería con las uñas.

Los otros dos gorilas se volvieron, enormemente sorprendidos por el estampido del disparo.

Yo también estaba muy sorprendido, pero no me entretuve en contemplaciones. Salté hacia el que tenía más próximo y le aparté la mano derecha a un lado, mientras que le clavaba los dedos de la mía en su garganta.

El fulano emitió un ronco gorgoteo, a la vez que los ojos se le salían de las órbitas. Un segundo después, le había clavado la puntera de mi zapato en el bajo vientre. Se desplomó fulminado.

Su pistola pasó a mí poder. La volví contra el otro gorila y le arreé un tiro en el centro de la espalda.

El pistolero pegó un salto convulsivo y cayó de bruces.

—¡Bernie! ¡Bernie!

Entonces oí un chillido histérico.

Me quedé estupefacto. Era Velia Morgan.

CAPÍTULO VIII

Velia corrió hacia mí. Tenía en la mano una minúscula pistolita que más parecía de juguete. Me abrazó de tal forma que creí que me iba a planchar.

—¡Bernie! ¡Oh, Dios mío! ¡Menos mal que he llegado a tiempo!

Sus labios buscaron vorazmente los míos. Pero era un gesto instintivo, casi defensivo, como buscando el equilibrio de sus nervios rotos en la dura prueba de unos segundos antes.

Le di unas cuantas palmadas en la espalda.

—Tranquilízate, querida. Todo se ha pasado y yo estoy bien —y añadí, sonriendo—: Gracias a ti, precisamente, querida.

Ella volvió a besarme. La rechacé y no por falta de ganas.

—Espera un momento todavía. Velia.

Pistola en mano, examiné el campo de batalla. El chofer agonizaba; esto era visto. Cualquier cosa que se hiciera por él, estaba condenada al fracaso. La pistolita de Velia era un mísero 32, pero el tipo había tenido la desgracia de recibir el impacto en la garganta y se estaba desangrando. Poca sangre fluía al exterior; la hemorragia le inundaba los pulmones y en pocos momentos sucumbiría por asfixia.

Le despojé de la pistola que no había tenido tiempo de disparar. Luego di la vuelta al auto.

El otro herido había muerto en el acto, sorprendido por mí balazo en el centro de la espalda, en el momento en que se disponía a hacer fuego contra Velia. Pero quedaba uno vivo.

Lo examiné. Estaba inconsciente. Decidí esperar a que reviviese.

El chofer murió a poco. Me di cuenta de que Velia estaba temblando.

—Oh, Dios mío —murmuró—, he matado a un hombre.

—Tranquilízate —dije—. Es triste tener que hablar así de un semejante pero era un criminal, un miserable cuyo fin no podía ser otro que el que ha tenido. Cada vez que sientas remordimiento por ello, piensa en que el muerto podía haber sido yo, de no haber intervenido tú a tiempo.

Velia hizo aletear sus pestañas, en tanto que su opulento busto se movía afanosamente. Tragué saliva y procuré mirar hacia otro sitio.

—Tienes razón, Bernie —dijo. Cogió mi mano; así parecía sentirse más tranquila.

—Explícame —dije—. ¿Cómo has llegado tan a tiempo? Ya me daba por perdido, ¿sabes?

—Ha sido una pura casualidad. Pasaba con mi coche y te vi salir entre los dos individuos. Al principio creí que se trataba de dos agentes de

policía, pero luego reflexioné y me dije que tú no tenías nada de qué acusarte.

—Me entró mucho miedo, créeme. Entonces se me ocurrió seguirlos. Desde muy lejos vi que el coche se dirigía hacia aquí. Entonces comprendí lo que querían hacer contigo y... Bueno, no sé cómo tuve fuerzas siquiera para apretar el gatillo. Pero quería salvarte Bernie.

Le di un par de suaves palmaditas.

—Gracias, nena. Es lo mejor que has podido hacer y mientras viva te estaré siempre muy agradecido. Oye, ¿de dónde sacaste la pistola?

La había guardado en el bolso. Me la enseñó. Era un arma con culata de nácar, con sus iniciales grabadas en letras de oro y adornadas con brillantes y rubíes.

—Me la regaló un admirador, con toda la documentación arreglada. Nunca la suelo usar, pero después de enterarme de la muerte de Morris, decidí que no estaría mal llevarla encima, por si acaso.

—Una resolución muy de elogiar —comenté. Y en aquel momento, vi que el pandillero a quién había desmayado a golpes, empezaba a rebullir.

Me acuchillé a su lado, apuntándole con la automática. Esta era una “Luger” de pavoroso aspecto y coloqué su cañón a dos pasos de su frente.

El tipo se sentó en el suelo, masajeándose la garganta, duramente afectada por mí golpe de filo. Sus ojos expresaban bien a las claras el pavor que sentía.

—¿Quién eres?

Movió la cabeza. Como diciendo que no podía hablar.

—Escucha —dije—, conozco el alcance de mis golpes y sé que ese duele, pero no te impide hablar, ¿estamos? No te hagas el largo o te atravesaré el cráneo.

—No... no puedo —murmuró con voz ronca, simulando esforzarse.

Apreté el gatillo. La bala le pasó zumbando a dos dedos de su oreja derecha. El tipo respingó.

—Si crees que mi siguiente disparo no va a ir al centro de tu podrida frente, prueba a mantenerte callado —manifesté con tono duro—. Dime tu nombre.

—Shack, Art Shack.

—¿Por cuenta de quién trabajas?

—Eso no...

—¿Quieres hacer compañía en el infierno a tus amigos? —dije—. Esto está desierto, nadie oirá los disparos y antes de que nadie pase por aquí, pueden transcurrir años. Así que decídette y habla o te dejo frío. Y te aseguro, que no pienso repetirte ninguna pregunta.

Shack acabó impresionándose. Era evidente para él que se sentía completamente derrotado. De vencedor se había visto convertido en vencido poco menos que por arte de birlibirloque y el hecho que sus dos

compinchos hubieran muerto, había mellado notablemente su ánimo.

Si a esto añadíamos la boca de la pistola que le miraba desde dos pasos de distancia con mortal fijeza, podemos afirmar que el cuadro de su abatimiento estaba completo.

—De... de acuerdo.

—Muy bien. Celebro que lo tomes por las buenas —dije. Y pregunté—: ¿Quién os ordenó matarme?

—Pehring.

—¡Pehring!

El grito procedía de Velia. Yo también me asombré bastante, aunque procuré no demostrarlo.

—¿Por qué? —inquirí.

—No nos lo dijo.

—¿Cuáles fueron las órdenes exactamente?

—Simplemente, que teníamos que buscarle y liquidarle. Eso es todo.

—Y vosotros le obedecisteis sin más.

Shack asintió con la cabeza. Me entraron ganas de patearle las tripas, pero supe contenerme, pensando que aquello no conducía a nada. Shack, como los otros, era un matón profesional, de los que apalean o asesinan a la gente, sin pensar en las razones que impulsan a sus jefes a darle esas órdenes.

Me puse en pie.

—Con eso tengo más que suficiente —dije—. El resto ya me lo dirá Pehring.

Fui hacia el auto y perforé todas sus gomas, incluso la de repuesto a balazos. Agoté el resto de las municiones de las tres pistolas de los pandilleros en el motor. Luego las tiré al barranco.

—La ciudad queda a cuarenta y cinco millas —dije—. Un paseíto semejante desentumecerá tus músculos, Shack.

El tipo me fulminó con la mirada. Pero yo no le hice caso.

Agarré el mórbido brazo de Velia y me la llevé de allí. El coche de la estrella estaba en la próxima revuelta. Me extrañó ver un auto gris, muy corriente, cuando esperaba un “Jaguar” forrado de piel de leopardo y manijas de oro en las portezuelas.

—¿Por qué un auto tan corriente? —le pregunté.

Ella sonrió maliciosamente.

—Es la forma mejor de pasar inadvertida —dijo. Sacó de la guantera unas gafas oscuras y se las puso—. De lo contrario, no podría circular por las calles.

—Piensas muy bien —manifesté, dando el contacto. Ella se sentó a mi lado, cubriéndose pudorosamente las rodillas, lo cual no dejó de agradarme.

Durante un buen rato, conduje atento a los pormenores de aquellos

infernales caminos. Al fin pude relejar un tanto mi atención al hallarme en una carretera mejor cuidada.

—Pehring es uno de los asistentes a la fiesta, Bernie —dijo Velia—. ¿Qué piensas hacer con él?

—No lo sé todavía. Posiblemente, ir a verle, pero hoy ya no. Es tarde y pronto se hará de noche. Lo dejaremos para mañana... aunque sí pienso darle un buen susto.

—¿Cómo? —quiso saber ella.

—Ya lo verás. Ten un poco de paciencia.

—Me gustaría saber por qué Pehring ha querido matarte.

—Supongo que es por la cuestión del diamante.

—¿Quieres decir que él es el ladrón?

—Las apariencias le condenan.

—Pero ¿cómo ha podido enterarse de que Norma te ha encargado que busques la piedra? Tú no le has visto todavía, ¿verdad?

—No. Se lo ha dicho Dorian Sutton.

Velia lanzó un resoplido.

—¡Dorian Sutton!

—La misma, nena.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco... hasta cierto punto. Lo que sí hay una cosa segura y es que Morris murió por algo relacionado con el robo del brillante. ¿Quién lo tiene? Eso es lo que tengo que descubrir, querida.

Velia se reclinó en el asiento.

—Es una gema por la cual muchos venderían su alma al diablo —comentó.

—¿Tú no?

Volvió la cabeza a medias y sonrió ampliamente.

—Ya te dije cuáles son mis preferencias en materia financiera —respondió—. Aparentemente, soy una mujer que debe prorrumpir en chillidos de admiración cada vez que ve una joya, pero, lo creas o no, me dejan fría —levantó el brazo izquierdo—. Ya ves, el reloj que llevo es un simple chapado en oro que me costó veintidós dólares. Esta es mi joya más cara. Y no pienso tener otra... excepto —añadió con malicia no disimulada—, el anillo de casada.

—Cuando encuentres marido.

—Justamente.

Frené repentinamente, situando el coche a un lado de la carretera. Ya era de noche y los faros de los demás automóviles relampagueaban en las tinieblas.

—¿Qué haces, Bernie?

Pasé la mano por encima de sus hombros y la atraje hacia mí. Ella lanzó un suspiro y se arrebujó en mi pecho.

—Me gusta estar así, querido —dijo.

—Lo celebro mucho. Es una lástima, sin embargo.

—¿Qué es una lástima, Bernie?

—Que yo no sea un poco más alto.

Ella me miró con ojos húmedos, insinuantes.

—¿Tiene eso alguna importancia?

—La que tú quieras darle, Velia.

—¿Y si te dijera que no le doy ninguna, Bernie?

—Me satisfaría mucho, la verdad. ¿Te has enamorado de mí?

—¡Qué cosas preguntas! ¿Es que no lo ves?

—¿Por qué? Hace veinticuatro horas apenas que me conoces, soy un oscuro investigador privado, carezco prácticamente de bienes de fortuna... en tanto que tú eres una mujer bella, hermosa y ganando una porrada de amero.

—Pero eres bueno, recto y decente, y eso es lo que me ha gustado siempre que fuese mi futuro marido.

—Vaya —bromeé—, a este paso, voy a tener que comprarte la segunda joya dentro de cuatro días.

Ella me besó suavemente.

—¿Por qué no mañana, amor?

—Lo haría con mucho gusto... pero antes tengo que resolver el problema del maldito brillante. No olvides que me debo a mi cliente.

Una chispa de ira apareció en los ojos de Velia.

—Mándala al diablo. Yo la resarciré de sus gastos.

—No, por ahora. Me interesa saber qué han encontrado en mí tan importante como para querer asesinarme. Además...

—Además, ¿qué, Bernie?

—Tú estás bajo contrato con tu productor. Y, la verdad, no me gustaría convertirme en el oscuro míster Morgan, ¿comprendes?

—Sí. Pero no serás nunca ese oscuro míster Morgan para mí ni para nadie. Escucha, Bernie, ya te he dicho que no me gustan las joyas y que todo el dinero que he ganado, lo invierto en terrenos.

“Si te he de decir la verdad, esta existencia ficticia de la artista de cine —bueno, la artista basada en mis condiciones físicas—, no me ha convencido nunca. Soy lo que soy por mí cara y por mí tipo, no porque valga verdaderamente como estrella. El escándalo, pese a lo que pueda aparentar, no me gusta. Consecuencia, tengo menos renombre del que debiera esperarse... y ello no me desagrada.

La miré con admiración.

—En un mundo tan dislocado como el de Hollywood, tú debes desentonar tanto como un pez en un pedregal.

—Justamente. He hecho una película y he posado muchas veces para los fotógrafos. Pero he acabado por convencerme de que esa no es la vida

que me gusta. Escucha, compré en el Valle Imperial una granja bastante grande. Hay muchos naranjos y limoneros. Podríamos criar también animales... Es un terreno que puede rendir lo suficiente para vivir sin ahogos ni agobios.

Sonrió melancólicamente.

—La verdad, Bernie, no he ganado tanto como la gente pueda creer. Entre los impuestos y mi agente mis ganancias han sido mucho menores de lo que parece. Pero sí fueron suficientes para adquirir esa granja y algunas otras tierras, que dentro de unos años valdrán bastante, cuando se dediquen a urbanización.

Empecé a sentir mucho respeto por aquella mujer de cabeza tan firme. No todas, en sus condiciones, hubieran sido capaces de pensar de aquella manera tan sensata.

—La granja y un marido como tú, ¿qué más puedo pedir? —murmuró, ofreciéndome los labios de nuevo.

Confieso que a mí también empezó a gustarme el panorama. Velia era una mujer de una pieza y, estaba seguro no echaría de menos el mundo falso y artificial en que se estaba moviendo.

—Esperemos a que haya encontrado el brillante —dije con voz ronca. Dulcie no lamentaría el cierre de mi oficina: el sargento Nolan la pondría bien pronto a cubierto de toda necesidad. Añadí—: Además, debes conocerme un poco mejor, Velia.

Se apretó más contra mí.

—Trabajando en el cine se conoce bien pronto a la gente, Bernie. Pero si tú lo quieres, esperaré lo que sea. Y no me importa que no tengas dinero, ¿comprendes?

—Si encuentro el diamante, me habré ganado cinco mil. Los invertiremos en animales de cría para la granja y así me convertiré en tu socio.

—Conviértete mejor en mi marido —sonrió ella.

—Bueno, ten paciencia. No me gustaría darte un desengaño al poco tiempo de casados.

—Contigo no me equivocaré jamás, Bernie —murmuró con acento lleno de convencimiento.

Permanecimos unos momentos en silencio. Luego me dile que era hora ya de volver a la ciudad y puse en marcha el coche.

Para llegar a la residencia de Velia tenía que pasar antes por mi casa. Entonces se me ocurrió que tal vez ella Quisiera tomar un bocado en mi compañía. Le expuse la idea y Velia la acogió alborozadamente.

—Así te demostraré que sé algo más que mover las pestañas y las caderas. En mis tiempos era una buena cocinera, ¿sabes?

—Eso es lo que siempre desea un candidato a marido en su futura esposa —dije de buen humor.

Subimos a mi apartamento, después de haber adquirido algunos víveres para la cena. Velia se acordó de Shack y de los forajidos muertos.

—No te preocupes, querida. Esa gente mantiene cerrada la boca, por la cuenta que le tiene. Olvídalo, ¿quieres?

Apenas hubimos entrado en el apartamento, me di cuenta que teníamos visita. Era el sargento Nolan.

CAPÍTULO IX

El sargento Nolan era un tipo cuadrado, macizo, de puños como sacos de patatas y la mandíbula tan dura como un pilar de cemento. Pero aunque parecía un boxeador aspirante al campeonato de los pesos máximos, su aspecto solía engañar a la gente. Era un policía listo, astuto y, además de todo eso, duro y tenaz como ninguno. Apenas había pasado de los treinta años y estoy seguro de que antes de que alcance los cuarenta habrá conseguido los galones de capitán.

Nolan se quedó viendo visiones al reparar en la identidad de mi acompañante.

—¡Vaya! —resopló—. ¿Qué las da usted, Crixby?

Torcí el gesto. La presencia del sargento en mi casa no significaba nada nuevo bueno. Pero ya podía esperarme algo por el estilo, porque claro está, Dulcie no iba a callarle que yo andaba tras un pedrusco de un cuarto de millón.

—Nada —dije—. La señorita Morgan es muy amiga mía, eso es todo.

Y seguí con el paquete de provisiones hacia la cocina.

Nolan vino detrás de mí, como un perro sabueso. En aquel momento, ni las diez mejores “estrellas” de Hollywood le hubieran hecho apartarse de lo que él consideraba como su deber.

Velia le tocó en el hombro. Nolan se volvió.

—Deje el paso libre, “pies planos”. Tengo que cocinar.

—¡Cocinar! —exclamó Nolan—. ¡Jesús! Esto no lo había oído en los días de mi vida, de una “estrella” de cine.

—Bueno, ¿qué se cree usted? —dijo Velia con desenfado—. ¿Qué solo entramos en la cocina para que nos retraten? Quédese aquí con nosotros y verá lo que es bueno.

Miré al aturdido Nolan.

—Haga caso a Velia. Puede estar seguro que le va a gustar.

—Bueno —refunfuñó—, no he venido aquí a cenar, sino...

—Ya sé —le interrumpí, agarrándolo por un brazo y sacándolo de la cocina—, a investigar por qué suponía yo que Morris había sido asesinado, ¿no es así?

Lo llevé a la salita y preparé bebidas. Le entregué una.

—Y no me digas que estás de servicio. Eso queda para las películas y los tontos.

—Está bien, Crixby. Hable de una vez.

—Primeramente, ¿qué le ha contado Dulcie?

—Todo.

—Entonces está enterado de lo del brillante.

—He oído la grabación, Crixby.

—Y ¿qué piensa hacer al respecto?

—Por el momento, nada. Estoy esperando a que usted me diga alguna cosa más.

—Solo una: esta tarde tres tipos me raptaron y me llevaron al desierto, con ánimo de pegarme cuatro tiros. Pude zafarme de ellos, gracias a la ayuda de Velia. Dos se han quedado allí para siempre. El otro, bueno, calculo que llegará a la ciudad mañana al amanecer. Le destrocé el coche a tiros.

Nolan me oía con la mandíbula colgada.

—¡Maldición! ¿Tan importante es esa piedra? —exclamó, cuando al fin recuperó el habla.

—Recuerde, es un cuarto de millón.

Nolan se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación.

—Hemos interrogado a todas las amistades de Morris, pero ninguno sabe nada.

—¿Ha mencionado lo del robo del brillante?

—No. Antes quería hablar con usted, Crixby. ¿Qué ha averiguado al respecto?

—Lo que yo sé le va a ayudar muy poco, oficialmente, se entiende. Por lo menos, hay dos personas complicadas en el robo: la Sutton y Pehring.

—Pero no entiendo por qué habrían de matarle, tan solo por defender la posesión del pedrusco.

—Lo cual me hace suponer que, en el fondo hay algo más que la simple cuestión del robo de una piedra preciosa —alegué.

—¿Qué? —preguntó Nolan simplemente.

Despaché mi bebida y levanté los hombros.

—No lo sé. Pero los indicios que tengo para descubrir al ladrón son mínimos, prácticamente inexistentes. Oiga —exclamé súbitamente alarmado—, no habrá mencionado nada del asunto a la Prensa.

—En absoluto. Ya dije que esperaba a verle para hablar con usted, Crixby.

Reflexioné unos momentos.

—Vamos a hacer un trato, sargento.

—¿Sí? —dijo Nolan, mirándome interesadamente.

—Usted dispone de medios poderosos para investigar. Pero hay algunas cosas que no puede hacer, por las limitaciones que le impone la Ley.

—Desde luego.

—Bien. Vamos a realizar las pesquisas, siguiendo dos caminos diferentes, pero paralelos. Usted investiga el crimen; yo investigaré el robo del diamante. Ambas cosas se complementan, estoy seguro de ello, pero no se unirán hasta que hayamos encontrado al asesino, que es el ladrón o

viceversa.

—El ladrón es el asesino —murmuró Nolan muy pensativo.

—Justamente. Además, la señorita Russell no ha mencionado el robo, porque no quiere publicidad para sus amigos. Ustedes no tienen conocimiento oficial de tal delito. Por lo tanto, no tienen por qué perseguirlo oficialmente... aunque sí basarse en ello como uno de los motivos determinantes de la muerte de Morris. ¿Qué le parece, Nolan?

El irlandés se frotó vigorosamente la mandíbula.

—De acuerdo —y alargó su mano para estrecharme la mía, pero se la negué.

—Gracias, no quiero que me pulverice los dedos.

Nolan rio estrepitosamente. Luego, de pronto, su rostro se tornó serio.

—Dice usted que los pistoleros obedecían órdenes de Pehring.

—Sí. Y este era el brazo derecho de Morris. Hay que tenerlo en cuenta, sargento.

—Desde luego. ¿Los conocía usted, Crixby?

—No. Sin embargo, el superviviente me dijo que se llama Arth Shack.

—Arth Shack —murmuró Nolan muy pensativo—. Será cosa de investigar en los archivos policiales. Bueno, me marchó. He de trabajar y...

—¡Espere! ¿No quiere presumir ante sus amigos de una cena cocinada por la mismísima Velia Morgan?

Los ojos del sargento se iluminaron.

—De acuerdo. Me quedará a cenar.

Velia demostró ser una cocinera de primerísima clase. Tanto Nolan como yo hubimos de aflojarnos los respectivos cinturones, porque los platos que preparó eran realmente suculentos.

Nolan se marchó poco después, dejándonos solos. Velia y yo nos intercambiamos unos cuantos besos y luego ella decidió regresar a su domicilio.

La acompañé hasta su casa, despidiéndome en la puerta del jardín. Luego regresé a la mía.

El resto de la noche transcurrió para mí en un soplo, en medio de una sucesión ininterrumpida de sueños rosados. Cuando se hizo de día, me levanté, me hice el correspondiente aseo y tras ingerir un sólido desayuno, me lancé a la prosecución de mis indagaciones.

Velia no se había dado cuenta, pero su pistolita había pasado a mí poder. Después de lo sucedido, no iba a ser tan tonto como para ir a ver a Pehring sin un arma en la mano.

Pehring vivía en un lujoso apartamento situado en el cruce de Braxton y Caldara. Subí en el ascensor y llamé a la puerta.

No me contestó nadie. Fruncí el ceño. ¿Por qué aquel silencio?

Fui a abrir la puerta, pero, de repente, una súbita sospecha invadió mi mente. Saqué un pañuelo y envolví el pomo de la puerta, haciéndola girar

en silencio.

Crucé el umbral y cerré a mis espaldas.

—¡Pehring! —llamé, sin levantar demasiado la voz. Nadie contestó a mis apelaciones.

Avancé cautelosamente, cruzando el recibidor y adentrándome en un salón comedor. Este tenía dos puertas: una daba a la cocina y la otra a un dormitorio.

La puerta del dormitorio estaba entreabierta y a través de la misma pude ver la figura de un hombre echado sobre la cama.

Por un momento pensé que Pehring no era hombre dado a madrugar y que aún seguía durmiendo. Pronto rectifiqué mi opinión cuando me di cuenta de que el tipo no dormía, sino que estaba muerto.

CAPÍTULO X

Esta vez, el asesino no se había molestado en simular un accidente. A primera vista, por supuesto, Pehring parecía dormido, boca abajo, con el brazo izquierdo debajo del cuerpo. Pero cuando me di cuenta de que no respiraba, le volví ligeramente, viendo en el centro de su pecho un orificio chamuscado, por él que se le había escapado la vida.

No había sangrado mucho; la hemorragia había sido interna, pero el fallecimiento debía haber sido casi instantáneo.

¿Por qué habían matado a Pehring?

Dejé el cadáver tal como estaba. No convenía tocar las cosas, para que las viera la policía en el mismo orden en que se hallaban al producirse el crimen. Pero, de repente, advertí que la mano derecha de Pehring estaba cerrada fuertemente, como si apretase algo entre los dedos.

Un súbito presentimiento me asaltó. Abrí las manos y el *Skragar* pasó a mí poder.

Contemplé la piedra durante unos momentos, con gesto especulativo. ¿Merecía la pena aquella gema el sacrificio de dos vidas humanas?

Y, de súbito, se me ocurrió una pregunta. Saltaba a la vista, sobre todo, teniendo el brillante en la mano.

¿Qué había sucedido para que el asesino hubiese abandonado en poder del muerto presa tan valiosa?

Esto era algo que no acababa de comprender. Si Pehring había muerto por el *Skragar*, ¿por qué se lo había dejado el asesino?

Fruncí el ceño, concentrándome en mis pensamientos. Una idea brilló en mi imaginación, como una lucecita muy remota. Aquello solo tenía una explicación.

Y debía confirmarlo cuanto antes.

Fui al teléfono y, envolviéndolo en un pañuelo, llamé a la Jefatura.

—¿Sargento Nolan?

—Un momento, por favor —contestó la telefonista de turno.

El vozarrón del irlandés se dejó oír a los pocos segundos.

—¿Quién es?

—Crixby. Nolan, tengo un muerto para usted. Pehring. Coronado Avenue, 2873. Asesinato. Balazo en el pecho. Adiós.

Colgué y salí del apartamento a todo correr.

En la calle tomé mi coche, dirigiéndome a la calle Jackson. Había un joyero conocido mío y deseaba hacerle algunas preguntas.

El joyero estaba atendiendo a un cliente. Esperé a que hubiese terminado.

—¿Qué tal, señor Crixby? —me saludó el joyero.

—Me alegro de verle, señor Donaldson. ¿Puedo requerir sus servicios profesionales para un peritaje?

—Desde luego. Veamos, ¿qué le ocurre?

Saqué el brillante del bolsillo y lo puse sobre el mostrador.

—Deseo vender esta buena pieza. ¿Cuánto me dará usted?

Donaldson tomó el brillante cuidadosamente con el índice y el pulgar. Sacó una lente del bolsillo de su chaleco y examinó el pedrusco con todo cuidado. Al cabo de ciento veinte segundos, se quitó la lente, la guardó de nuevo y luego me miró.

—Señor Crixby, ¿está usted de broma?

—Me lo suponía —dije. Recuperé el brillante y lo eché al bolsillo otra vez—. ¿Qué le debo?

El joyero sonrió.

—Nada. Ha sido muy fácil y muy agradable, por haberle visto a usted.

—Gracias —contesté. Y ya me disponía a marcharme, cuando, de repente, le formulé una pregunta—. Supongamos que fuese auténtico. ¿Cuánto valdría?

—Depende de varias circunstancias, señor Crixby. Pongamos entre doscientos y doscientos cincuenta mil dólares. Pero tal como está, yo no daría ni uno.

—Lo mismo me sucede a mí. Gracias por todo otra vez. ¡Adiós!

Salí de la joyería, monté en el coche y me dirigí a Passani Beach.

Detuve el auto frente a la residencia de Norma Ann Russell. Crucé el jardincito y toqué el timbre.

La puerta se abrió automáticamente. Atravesé el vestíbulo, justo en el momento en que la dueña de la casa aparecía en el arranque de la escalera, en el piso superior. Detrás de ella vi a Carrie Martin.

—¡Señor Crixby! —exclamó Norma.

—Traigo noticias para usted, señorita Russell —dije.

La joven descendió las escaleras a todo correr. Carrie bajó tras ella. Eran dos lindas mujeres, desde luego, aunque no servían ni para descalzar a Velia.

—¿Qué es lo que tiene que decirme, señor Crixby? —preguntó Norma.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la imitación de la piedra, sosteniéndola en alto con el pulgar y el índice.

—¡El brillante! —exclamaron las dos chicas a la vez.

Norma alargó la mano para cogerlo, pero yo retiré el brazo.

—¡No!

La dueña de la casa me miró sumamente extrañada.

—¡Señor Crixby!

—Espere un momento, señorita Russell. Antes de entregarle la piedra, quiero hacerle unas preguntas.

—¿Sí? ¿Qué sucede?

Enseñé de nuevo el pedrusco.

—¿Reconoce usted este brillante como el suyo?

—Desde luego. No hay duda alguna.

—¿Está segura?

—Positivamente.

Le entregué la piedra.

—Pero no intente vender el brillante, porque no obtendrá de él arriba de un dólar.

La sangre huyó del rostro de Norma.

—¡Señor Crixby! ¿Se ha vuelto loco?

—En absoluto. No solo no me he vuelto loco, sino que además poseo el testimonio incontrastable de un testigo de intachable reputación. Me refiero al señor Donaldson, joyero de la calle Jackson, el cual ha manifestado que ese objeto que tiene usted en la mano es una vulgar imitación de su brillante.

—Oh, no, no, Dios mío. ¡Sería horrible!

—Lo es —dije con convencimiento.

—Y... y ¿dónde lo encontró usted?

—En la mano de Lon Pehring.

Norma me miró muy extrañada. En cuanto a Carrie, no se perdía una sílaba de la conversación.

—¿En... la mano del señor Pehring? ¿Se lo dio él?

—Se lo tomé yo, que no es lo mismo. El señor Pehring no se opuso a ello.

—¿Qué le dijo cuando descubrió usted que tenía la imitación en su poder?

—Nada. Los muertos permanecen silenciosos siempre.

El “¡Oh!” fue doble, simultáneo y casi estentóreo. Ambas chicas palidecieron hasta lo increíble.

—Pehring... muerto —dijo Norma, cuando al fin recobró el habla.

—Así es. Alguien le pegó un balazo. En estos momentos, la policía está investigando el crimen. Quizá vengan a hacerles algunas preguntas. Lo que hayan de contestarles, es cosa suya... *de las dos* —subrayé significativamente, mirando a Carrie.

—Dios mío —murmuró esta—. No lo puedo creer.

—Pues esta tarde lo leerá usted en los periódicos. O quizá mejor lo oiga antes en el primer boletín de noticias que den por la radio —afirmé—. Y, por cierto, señorita Martin, también a usted tengo que hacerle algunas preguntas.

El esbelto cuerpo de la secretaria de Velia se envaró instantáneamente. No sacó las garras, pero me di cuenta de que las tenía a punto para arañarme, metafóricamente se entiende, a las primeras de cambio.

—¿Qué es lo que tiene que preguntarme, señor Crixby? —exclamó.

—¿Cómo supuso usted que Morris había muerto asesinado?

Carrie apretó los labios. Norma nos miró con curiosidad.

—Se me ocurrió decirlo, eso es todo.

—Una ocurrencia muy sospechosa, ¿no cree?

Carrie empezó a sacar las uñas.

—¿Pretende acaso implicarme en la muerte de Morris? —dijo airadamente—. Cuando él murió, yo estaba en otro sitio.

—¿Dónde?

—En... bueno, a usted no le importa, señor Crixby.

Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—Escuche usted, señorita Martin —miré a Norma—. Y esto va también para usted. ¿Conocen las dos la teoría de los vasos comunicantes? Es de física elemental, de primerísimo grado. Sencillamente, el agua en dos vasos que se comunican, está siempre al mismo nivel en ambos.

—¿Qué tiene eso que ver con lo que estábamos hablando? —preguntó la dueña de la casa.

—Sencillamente, que el sargento Nolan, de la División de Homicidios, y yo, somos dos vasos comunicantes. En cualquier momento, nuestros niveles de conocimientos sobre los crímenes y sobre el robo del brillante serán idénticos. Ahora usted, señorita Martin, hable o calle, pero no podrá hacer lo mismo cuando la interroge el sargento.

Norma se irritó.

—Le dije que guardase secreto sobre el robo de la piedra, Crixby —dijo.

—Pero bajo la condición de que si descubría algún hecho delictivo en relación con tal sustracción lo comunicaría a la policía. No tengo ganas de verme acusado de complicidad en dos asesinatos, ¿comprende?

Norma pareció aplacarse un poco. Mis razonamientos eran contundentes.

—Además —añadí—, el sargento me ha prometido callar lo del robo. A fin de cuentas, no se ha producido ninguna denuncia oficial sobre la desaparición del *Skragar*. Pero es evidente que ambos hechos están íntimamente relacionados entre sí, ¿comprenden las dos?

Carrie fue a decir algo, pero en aquel momento sonó el timbre de llamada.

—Yo abriré —se ofreció Norma.

Callamos durante unos segundos. La dueña de la casa caminó hacia la entrada y abrió.

La silueta de un hombre se dibujó bajo el dintel.

—¡Norma, querida! —dijo Stan Farr, abrazándola con vehemente apasionamiento, antes de darse cuenta de que no estaban solos.

—Modérate, Stan, por favor —dijo ella, muy sofocada.

Stan la besó en una mejilla, pese a todo. Luego reparó en mí.

—Su mirada y su gesto se tornaron hostiles instantáneamente.

—¿Qué hace este hombre en tu casa, Norma?

—Es el señor Crixby, el detective que contraté para que encontrara el diamante robado, Stan.

Farr me miró desdeñosamente.

—¿Y qué ha encontrado hasta ahora?

—Dos muertos y una imitación del diamante, señor Farr —contesté sin inmutarme. Miré a la Russell—. Señorita Russell, su prometido se negó a colaborar conmigo. Tuvimos una ligera discusión a bordo de su yate.

—Tú me dijiste que no hablase con nadie, Norma —dijo él, a guisa de pretexto.

—Es cierto. Pero el señor Crixby trabajaba para mí —manifestó Norma.

—No lo mencionaste. De todas formas, lo siento —Farr volvió la vista hacia mí—. ¿Tiene que hacerme alguna pregunta, señor Crixby?

—Sí —contesté—: dos.

—Venga, desembuche.

—Primera: ¿Quién sugirió a la señorita Russell la exhibición del *Skragar*?

—Todos, o casi todos, por lo menos.

—Quiero saber quién fue el primero —dije incisivamente.

—No lo recuerdo. Estaba preparando unos cocteles y oí una voz...
Aguarde, puede que fuera la de Velia Morgan.

—¿Está seguro?

—Hombre —dijo el deportista—, no podría jurarlo, pero es casi seguro que fue ella.

—Segunda pregunta: ¿Quién estaba al lado de la señorita Russell en la última fase de la exhibición?

Farr trató de concentrarse.

—Yo era uno de ellos, desde luego —sonrió con aire indulgente—. Supongo que a estas horas, Norma le habrá dicho las relaciones que existen entre ambos.

—Siga —dije impasible.

—También estaban... el coronel, Morris... y no recuerdo ya más, sino que Norma cerró la caja y se marchó para guardarla.

—Está bien —contesté—. Por ahora tengo suficiente.

Me dirigí hacia la puerta. Una vez allí, me volví.

—Señorita Russell —dije—, quiero que sepa que, a menos que usted disponga lo contrario, continúo a su servicio. Yo no tengo que investigar los crímenes, sino hallar la piedra. Esa es mi labor, mientras usted siga empleándose.

—Desde luego, señor Crixby.

—Recuerde que lo ha manifestado ante testigos.

—Por supuesto. Usted sigue a mi servicio hasta que encuentre la piedra

o hasta que se demuestre de modo taxativo la imposibilidad de hallarla —
dijo Norma con firme acento.

—Gracias. Eso es todo cuanto deseaba saber. Adiós.

De allí me fui a ver a la directora de la agencia de recortes.

CAPÍTULO XI

Dorian Sutton me recibió con la misma reluctancia que la última vez que nos habíamos visto.

—¿Qué es lo que desea usted? —preguntó.

Me senté frente a ella, aun sin haber recibido la oportuna invitación.

—Preguntarle a quién avisó usted de mi presencia después de que vine a interrogarla en relación con el brillante propiedad de la señorita Russell —dije sin más preámbulos.

—Escuche, yo no...

—Le ruego que no me tome por idiota, señorita Sutton —dije secamente—. Usted creyó que yo me había marchado y telefoneó a un tipo, pero estaba al otro lado de la puerta y oí parte de su conversación con dicho individuo. ¿Quiere que se la repita?

El rostro de la Sutton se tornó grisáceo.

—Dios mío —murmuró, aterrada.

—Vamos, hable. ¿Hablabas con Pehring?

Esto era lógico. Si Shack había sido enviado por Pehring a matarme, resultaba obvio que solo la Sutton podía avisarle.

Asintió, deglutiendo ruidosamente.

—¿Por qué? ¿Sabe que estuve a punto de ser asesinado?

Dorian apretó los labios. Yo fruncí el ceño.

—¿Qué relación la unía con Pehring?

La mujer captó el tiempo de verbo.

—¿Me... unía?

—Sí —y le di la noticia brutalmente—: Le han pegado un tiro y está más muerto que mi abuela.

Dorian se desmoronó. Toda su entereza, hasta el brillo de sus ojos y la expresión resuelta de su rostro, desaparecieron en un instante.

—Dios mío... Lon, muerto...

—Lo siento, pero así es. Y no cabe la menor duda, porque yo mismo le he visto. Vamos, cuénteme la relación que los unía.

Ella me miró con ojos lacrimosos.

—Era mi hermano.

Pegué un bote en el asiento.

—Pero... sus apellidos...

—Soy viuda —dijo—. Uso el apellido de mi difunto esposo.

Me hubiera dado de bofetadas. El parecido fisonómico entre Pehring y la Sutton era evidente. “Delgado, bajito...”, había dicho Norma.

Dorian Sutton se peinaba el cabello hacia atrás, muy tenso y tirante,

recogido en la nuca por un moño redondo. No llevaba pendientes en las orejas y tenía los labios sin pintar. Vestida de hombre y con el pelo corto, hubiera podido pasar por un doble de Pehring. Pero, claro, uno ve a una mujer portándose como tal y no se le ocurre relacionarla emparentada con un hombre, a menos que se lo señalen específicamente.

—Bien —dije—. Puesto que su hermano está muerto, ya no hay motivos para callar. Y le advierto que lo que no me diga a mí, se lo tendrá que decir a la policía, ¿estamos?

Dorian movió la cabeza afirmativamente.

—¿Qué es lo que quiere saber? —dijo con voz cansada.

—¿Robó su hermano el brillante?

—No.

—Pero sabía quién lo tenía.

—Sí.

—¿Morris?

—Sí.

—Entonces fue Morris el autor de la substracción.

—Supongo.

—¿No trabajaba su hermano para Morris?

—Sí. Era su hombre de confianza.

—Lo cual no le impidió despojarle del diamante, después de que Morris hubo pegado el cambiazo delante de las narices de todos, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Y lo mató para despojarle de la piedra?

Dorian protestó con gran vehemencia.

—¡No! Él no lo mató. Se limitó a quitarle la piedra.

—¿Le quitó la piedra?

—Sí.

Me acaricié la mandíbula. Aquello se estaba complicando y poniendo más confuso a cada momento que transcurría. Era evidente que Morris había pegado el cambiazo al diamante, poniendo uno falso en su lugar. Pero, la pregunta se imponía, ¿quién se había llevado la imitación?

—¿Y qué hizo después?

—Guardársela, supongo.

—¿Quería venderla?

Dorian apretó los labios. Era una respuesta clara.

—Y luego, el asesino, le quitó la piedra verdadera y le dejó la falsa.

—Así fue, me creo.

—¿No lo sabe seguro?

—¿Cómo voy a saberlo? —estalló la mujer—. Lo único que sabía es que Lon tenía el *Skragar*.

—Y —dije—, cuando usted se enteró de que yo andaba haciendo preguntas acerca del dichoso diamante, usted le avisó para que me

suprimieran, ¿no es así? Dorian cerró el pico.

Me puse en pie.

—La policía le hará más de una pregunta —dije—. Y no serán tan blandos como yo, téngalo por seguro. Entre otras cosas, querrán saber qué relaciones unían a su hermano con esa pandilla de asesinos encabezada por un tal Arth Shack. No casa muy bien un negocio de bienes raíces con las andanzas de unos “gangsters”, ¿verdad?

Dorian no contestó. Realmente, no tenía fuerzas para ello.

En la calle busqué una cabina telefónica. Hablé con Nolan durante largo rato y nos intercambiamos los conocimientos mutuos. Al terminar, tenía sed y hambre. Entre unas cosas y otras, eran ya las cuatro de la tarde y no había tomado nada desde el desayuno.

Mientras comía, estuve barajando en mi mente todos los hechos. Según mis impresiones, allí había algo más que el simple robo de un diamante. En primer lugar, había que considerar que el que lo había robado, ya lo tenía planeado desde hacía tiempo, puesto que se había procurado una copia exacta de la gema.

Pero luego había habido un segundo ladrón: el que había conseguido la copia. Y después, al darse cuenta de ello, había matado a Morris, solamente para enterarse de que el negociante no tenía el *Skragar* en su poder. Pero, ¿cómo había sabido que Pehring era el nuevo dueño de la piedra?

Quizá por deducción, puesto que Pehring era el brazo derecho de Morris. La deducción había resultado acertada... y Pehring había muerto.

Terminé de comer y aboné la cuenta. Eran ya las cinco de la tarde.

Repasé la lista de asistentes a la fiesta. Entonces reparó en que había uno al que no había interrogado.

Leo Zlabor, el director de cine, era un tipo vano, estúpido e insufrible, pagado de su arte hasta el máximo, al que me hubiera gustado mucho retorcerla la nariz de un buen pellizco. No sabía nada ni se preocupaba de otra cosa que no fuera él mismo.

Hay personas que fingen una Vanidad por pura *posse*. La vanidad era en Zlabor algo consubstancial; había nacido vanidoso y moriría vanidoso. Pronto me pude convencer de la absoluta irrelación del fulano con la pérdida de la piedra.

Cuando terminé con Zlabor eran ya las siete y media de la tarde.

Diciéndome que ya no tenía objeto proseguir las pesquisas durante el resto del día, me dispuse a regresar a mí casa. Antes, sin embargo, se me ocurrió que no estaría de más hacer una visita a Velia. El hecho de haberme visto comprometido en menos de veinticuatro horas, todavía me tenía aturdido cada vez que pensaba en ello.

Llamé a la puerta. Velia en persona salió a recibirme. Sus ojos llamearon en cuanto me vio.

—¡Bernie! —y me estrujó con tal fuerza, que me dejó sin respiración.

Bueno, yo creo que lo que me dejó sin respiración fue el beso. Nuestros labios permanecieron unidos hasta que ya no pudimos más.

—Ya está bien —dije, tomando aire. La agarré por la cintura y, todo prosaico, pregunté—: ¿Qué tienes para cenar, querida?

—¡Vaya! —resopló ella—. ¿Es eso todo lo que se te ocurre decirme, después de un día entero sin vernos?

Le guiñé un ojo.

—Tiempo tendremos de hablar de nosotros mismos, querida, Ahora dame algo que comer, estoy desfallecido.

Era una buena chica.

—Acomódate por ahí. Enseguida te traeré algo de comida. Sírrete tú mismo un coctel.

—Gracias, preciosa.

Velia volvió quince minutos después con una fuente de bocadillos, cerveza y café. Ella también me acompañó y me alegró ver su magnífico apetito.

—Cuando nos hayamos casado —observé— tendrás que moderar tu régimen de comidas.

—Da lo mismo, querido. Puedo comer cualquier cosa sin ganar un solo gramo de peso. ¿Qué te parece mi arte culinario?

—Sencillamente, que no hay más que pedir. En todo —dije intencionadamente— eres única, Velia.

Ella bajó pudorosamente las pestañas.

Con la última taza de café, encendimos un pitillo. Entonces me dispuse a hablarle.

—Stan Farr dice que tú fuiste la primera en pedir ver la piedra —dije sin rodeos.

Velia se irritó.

—¡Ese granuja! —exclamó.

Me di cuenta de que en el acento de la muchacha latía una nota de cólera.

—¿Te ha sucedido algo con Farr?

—Se cree muy pagado de su figura y de su tipo, y posiblemente, tiene razón. Pero es un individuo que vive de las mujeres y a mí esos tipos no me gustan, ¿comprendes?

—Debes recordar —dije suavemente—, que si tú y yo nos vamos a casar, yo no aporte apenas nada al matrimonio, mientras que tú posees un saneado capital.

Velia me echó los brazos al cuello. El escote se le abrió un tanto, permitiendo ver el fascinador nacimiento de un seno mórbido y turgente.

—Pero tú eres distinto, queridito —dijo, mimosa—. Farr es de la clase de hombres que se casan con las tipas ricas —y tontas, por supuesto—, y al

cabo de un tiempo, cuando se han cansado de ellas y les han sacado todo cuanto han podido, las dejan plantadas, por otra más guapa o más rica, ¿comprendes?

—¿Debo entender —dije, ciñendo más la cintura de Velia, sin que ella protestase lo más mínimo— que Farr ha estado rondando en torno tuyo?

—Y tanto que ha rondado —respondió ella—. Querido, puedo parecer tonta, pero no lo soy. Mi posición, la clase de películas que interpreto, me obligan a parecer una mujer dueña de un físico impresionante, pero carente en absoluto de cerebro. Está bien, así lo hago, porque conviene a los intereses de mi productor. Pero el sujetarme a un hombre para toda la vida, es ya interés mío, ¿comprendes? Y Farr es un mariposón, un tipo de los que se cansarían de su mujer a los pocos meses de casado.

—Entonces —murmuré—, por eso se dedicó a Norma, viendo que había fracasado contigo.

—Justamente. Y despechado, trata de involucrarme en el robo, del brillante. ¿Lo crees tú, Bernie?

Besé suavemente sus labios.

—Claro que no. Ahora, trata de esforzarte y dime: ¿quiénes estaban junto a Norma poco antes de que esta guardase el diamante? Concéntrate, te lo ruego.

Ella cerró un momento los ojos. Luego los abrió.

—Me parece recordar a tres... no estoy segura, ese maldito coronel Staunton... no dejaba quietas las manos un momento y yo apenas si podía hacer otra cosa que defenderme... Sí, creo que había tres o cuatro.

—Dime los nombres.

—Morris, Pehring, Dorian... y Farr, por supuesto.

—Farr dice que el coronel estaba junto a Norma.

—¡Si lo sabré yo! —exclamó Velia enojadamente—. Staunton es todo un tipo... y nada agradable, por cierto. Todavía sigue creyéndose que ganó él solo la guerra.

Medité unos segundos.

—¿Y Carrie? —pregunté de repente.

Velia se sorprendió.

—¿Carrie? —repitió—. Ah, sí, estaba con Zlabor. Creo que trataba de convencerle para que le hiciese una prueba cinematográfica.

—¿También a ella le ha picado el gusanillo del cine?

—Cree que es artista, actriz, mejor dicho y, naturalmente, desea demostrarlo.

—Quizá por eso se colocó de secretaria contigo —sugerí—. ¿Quién te la recomendó?

—Mi agente artístico.

—Norma dice que Carrie es una chica muy buena y que tú no te la mereces.

—¡Bah! Tonterías. Carrie es una buena chica, desde luego, pero nada del otro mundo. Yo no tengo nada de actriz, lo reconozco, pero sé quién puede serlo y quién no puede serlo. También hay críticos de cine y sin embargo, no sabrían desenvolverse ante una cámara, ¿verdad?

—Cierto.

—Y Carrie no será nunca artista. Es bonita, pero le falta un punto para dar el golpe físicamente. Si tuviera condiciones artísticas, llegaría muy lejos, pero le falta convicción, personalidad, seguridad en sí misma, en fin, todas las cualidades que debe reunir una buena actriz, ¿comprendes? Yo sé lo he expresado claramente; no me gusta andar con rodeos con nadie.

—¿Y ella, qué ha dicho?

—Pareció resignarse en un principio, pero ayer, cuando vio a Zlabor, quiso que este le hiciera una prueba.

—¿Y qué contestó Zlabor?

—Creo que le dio largas, no estoy segura.

—¿Vive Carrie contigo?

—Sí.

—¿Por qué no está aquí ahora?

—Hoy es su día de salida.

—El día que te conocí, tampoco estaba en casa.

—Me había pedido permiso para salir. Mira, Bernie, eso de tener una secretaria es más bien imposición del productor que necesidad mía. ¿Para qué diablos necesito yo una secretaria, quieres decirme?

—Tienes que contestar a cartas de tus admiradores, enviar fotografías dedicadas...

—Bah, de eso se encarga el departamento de publicidad de la productora. No es que me tengan sin cuidado mis admiradores, pero ya sé por lo que me admiran, ¿comprendes? y no quiero ni molestarme en leer siquiera las cartas que me escriben. Te avergonzarías de leer algunas, créeme. Al principio de mi carrera, sí las leía; después, me aburrí enseguida.

Sonó el timbre.

—Esa es Carrie —dijo Velia.

La atraje hacia mí y la besé. Luego me puse en pie.

—Me marchó, querida.

—¿Tan pronto?

—Sí. Tengo trabajo mañana y he de madrugar.

—Me gustaría que te quedases un poco más —dijo ella, quejumbrosamente.

El timbre volvió a sonar.

—Ten paciencia. Espera a que todo esté resuelto, querida.

Abrimos la puerta. Carrie se mostró muy sorprendida de verme allí, pero no hizo el menor comentario.

Se limitó a saludarme correctamente y luego siguió adelante, dejándonos solos a Velia y a mí.

Salí a la calle. El coche estaba aparcado junto a la acera. Di la vuelta, bajando al arroyo para abrir la portezuela del lado opuesto.

Entonces brillaron dos focos y su vivísimo resplandor me deslumbró por unos instantes. El motor de un automóvil roncó en un súbito *crescendo*.

CAPÍTULO XII

Giré en redondo. El automóvil se abalanzaba contra mí.

Me hallaba en una posición difícilísima. No podía saltar al otro lado, es decir, hacia el centro de la calzada, porque el conductor del vehículo daría un golpe de volante hacia su izquierda y me alcanzaría igualmente. Y recibir el impacto de un automóvil lanzado a cincuenta millas es siempre mortal de necesidad.

Por otra parte, mi propio coche me bloqueaba el escape hacia la acera. Todavía, además, no había abierto la portezuela y aun cuando lo consiguiese, el otro vehículo se la llevaría por delante y a mí con ella.

Todo ocurrió en una fracción de segundo. En ese brevísimo espacio de tiempo, cuando ya el automóvil estaba literalmente encima de mí, se me ocurrió la idea salvadora.

Por supuesto, nada de echarme al suelo. El asesino estaba dispuesto a dejar el menor espacio posible entre su coche y el mío. No tenía más que una solución.

Di un paso hacia mi izquierda y luego salté, extendiendo los brazos, por encima del motor de mi automóvil. Mi vientre pegó contra el capot y luego resbalé al suelo, justo en el instante en que el otro coche pasaba junto al mío, con un intervalo de menos de una pulgada, rugiendo como un avión en picado.

Mis manos detuvieron el golpe. Caí a la acera y rodé un par de veces sobre mí mismo, antes de poder sentarme en el suelo. Para entonces, el asesino se había alejado ya lo suficiente para que no pudiera reconocerlo.

Me puse en pie, limpiándome el traje. Las luces rojas de cola del coche del asesino se perdían a lo lejos rápidamente. En pocos segundos desaparecieron totalmente.

Durante unos momentos, permanecí en pie, temblando de miedo y de excitación. Estaba vivo por pura casualidad. Si el asesino no hubiera encendido los faros para guiarse mejor, no me hubiese dado cuenta de su acción hasta haber sido ya demasiado tarde. Quizá era que había contado también con el factor psicológico del deslumbramiento, pero, en tal caso, sus cálculos habían resultado erróneos.

Aquella noche, me atranqué bien en mi apartamento para evitar sorpresas desagradables. Incluso coloqué una silla inclinada, haciendo palanca sobre la puerta. Tendrían que hacer mucho ruido para derribarla y ello me alertaría, indudablemente.

Afortunadamente, la noche transcurrió sin ningún incidente. Pude dormir con toda tranquilidad y al levantarme, después de desayunar, me

lancé de nuevo a la calle.

Quedaban todavía dos personas por reinterrogar. Una de ellas era la Kroeder y en su busca me dirigí sin la menor tardanza.

Debí sorprender a la Kroeder en mitad de su sueño, porque se me apareció mal envuelta en un salto de flotantes gasas, en tanto que bostezaba aparatosamente. Al verme, su sueño se disipó como por encanto, a la vez que un fulgor extraño aparecía en sus ojos.

—¡Hola! —dijo, sonriendo anchamente—. Entre, detective.

—Me alegro de verla, señorita —dije.

—Mi nombre es Betty, Crixby... ¿Puedo llamarle Bernie?

—Puede, desde luego.

Me cogió por el brazo y tiró de mí hacia adentro.

—Venga, desayunaremos juntos.

—Le advierto que yo ya he desayunado.

Sus ojos me miraron con falsa languidez.

—Al menos —dijo—, me aceptará una taza de café.

Preví que tenía que seguirle la corriente si quería obtener algo de ella.

—Con mucho gusto —respondí.

Betty onduló voluptuosamente hacia la cocina, procurando hacer resaltar en todo momento la generosa curva de sus caderas. La cocina estaba iluminada de par en par y ella se detuvo bajo la ventana, de modo que los rayos de sol la dieran de lleno. El espectáculo, en silueta, era subyugador, palabra.

—Bueno, ¿preparo el café?

—Por supuesto —dije, poniéndome un cigarrillo en la boca.

Era rápida y eficiente y en pocos momentos se preparó unas cuantas tostadas, café, mermelada y mantequilla. La cocina disponía de una mesa y dos sillas y allí nos sentamos los dos. El salto de cama se le abrió por el escote, pero ella fingió no haberse dado cuenta. Y yo no protesté; el panorama era realmente fascinador, y, en tales condiciones, ¿quién hubiera sido el tonto que Habría protestado?

Tomé una taza de café. Betty devoró su desayuno con la rapidez de un lobo hambriento. Al terminar, me pidió un cigarrillo.

—¿Y bien? Hable, Bernie, le escucho.

—Se refiere al robo del *Skragar* —dije.

—Ya lo mencionó días atrás, Bernie —respondió ella cautelosamente—. ¿Por qué lo repite ahora?

—Quiero encontrar la piedra, eso es todo.

—No puedo añadir nada a mis manifestaciones, Bernie.

—Quizá yo le refresque la memoria, Betty. ¿En dónde estaba usted cuando Norma se dispuso a guardar la piedra?

Se lo pensó durante unos segundos.

—Preparando unos cocteles en el bar —respondió.

—¿Segura?

—Sí. Por completo.

—¿Quiénes estaban al lado de Norma en aquellos momentos?

Betty se esforzó.

—Morris, Pehring... Farr... Dorian Sutton... Por cierto, se me cayó una copa al suelo y todos se volvieron para mirar.

El detalle era interesante.

—La gema pasó de mano en mano. ¿Usted la tuvo en las suyas?

—Sí. Pero no fueron más de diez segundos. Enseguida me la quitaron de las manos.

—¿Quién?

Betty hizo un nuevo esfuerzo.

—Farr... no, perdón, Morris. De todas formas, no podría asegurarlo con toda certeza, aunque estoy casi segura de que fue el citado.

—¿Y luego se fue usted al bar?

—Sí. Ya había visto bastante.

—¿No le gustaría tener una joya semejante?

Betty soltó una risita.

—Sí. Pero la vendería en el acto. Con un trozo de cristal no se come.

—Estoy con usted, Betty. Otra pregunta. ¿Se fijó en lo que hacían Velia Morgan y el coronel?

—Me parece que habían hecho rancho aparte. Estaban en el rincón opuesto del salón, muy juntos. Ella reía exageradamente, como lo que es.

—¿Qué opina usted que es Velia Morgan?

—Una chica que tiene un cuerpo estupendo, pero sin una pizca de seso.

Sonreí para mis adentros. A última hora, iba a resultar que Velia era mejor actriz de lo que ella misma creía.

—El coronel trataba de ponerle los puntos, ¿no es así?

Betty sonrió mefistofélicamente.

—Es un tipo rijoso, usted ya me entiende. Luego vio que había fracasado y la dejó. Para entonces, Norma había guardado ya la caja con la piedra. Después me buscó a mí.

—¿Y usted, qué hizo?

—¡Fu!

La expresión de Betty era harto gráfica. Agregó:

—Pero a usted no le haría ¡fu! Bernie.

Corrió la silla y se me acercó, mirándome con ojos de carnero agonizante.

—A usted no le haría eso, Bernie —susurró, acercándose más todavía. Cuando me quise dar cuenta, ya se me había sentado sobre las rodillas, tenía sus brazos en torno a mí cuello y me estaba besando con la voracidad de un pulpo famélico.

Aguanté el beso hasta que me faltó la respiración. Luego me puse de

pronto en pie y por poco si no vuelca la mesa.

—Eso se avisa, Bernie —dijo con tono dolido.

Me limpié las gafas. Todavía estaban empañadas por el vaho producido por su ardoroso aliento.

—La entrevista ha sido muy agradable, Betty. Volveré.

—¿Cuándo? —preguntó con el ansia de un náufrago.

—Mañana, quizá —prometí vagamente, y me deslicé hacia la salida.

Ella corrió tras de mí, dejando una estela de velos que flotaban vaporosamente.

—¡Espera, Bernie!

Pero si no escapo a todo correr, me devora.

Cuando estuve en la calle, respiré aliviado. ¡Qué tía!

CAPÍTULO XIII

El coronel Staunton me miró suspicazmente.

—¿Otra vez usted? —dijo.

—Lo siento, coronel, pero no tengo más remedio.

—¿Y bien, qué es lo que quiere?

—Hablar con usted de nuevo acerca del robo del *Skragar*. Repito que debe dispensarme, pero...

Staunton hizo un gesto de resignación.

—Está bien, entre. Quiero hacerle constar que lo hago únicamente por Norma. Fui gran amigo de su padre y deseo ayudarla con toda sinceridad.

—Esos sentimientos le honran, coronel —dije.

Staunton me condujo hasta una salita, en la que había instalado un bar, con su mostrador y adminículos complementarios.

—¿Señor Crixby?

—Agua mineral, con limón y un cubito de hielo.

Staunton me miró como a un bicho raro, pero acabó sirviéndome lo pedido. Él se colocó en su vaso una buena ración de *Johnny Walter*, que paladeó con evidente delectación.

Encendí un cigarrillo. El coronel no fumaba más que habanos.

—Se trata únicamente —dije, al cabo de unos momentos—, de que recuerde usted con toda exactitud o al menos, con la mayor posible, lo que sucedió después de que alguien sugirió a la señorita Russell que exhibiera el famoso brillante.

Staunton meditó unos segundos.

—Yo vi la piedra, desde luego —murmuró.

—¿La tuvo en sus manos?

—Sí.

—¿Quién más hizo lo mismo?

El coronel reflexionó.

—Verá... Morris fue uno de ellos... Pehring también y... algún otro que no recuerdo ahora, la verdad.

—¿Farr?

—Es posible. Sí, casi seguro, señor Crixby.

—¿Betty Kroeder?

—Oh, no, esa no. Se fue alabar a preparar bebida.

—Y se le rompió una copa, según tengo entendido.

—No recuerdo, la verdad.

—Porque estaba hablando con Velia Morgan, ¿no es cierto?

Staunton se sonrojó ligeramente.

—Bueno, ¿y qué? Eso no tiene nada de particular. Es una espléndida mujer...

—... que no tiene nada de casquivana y mucho menos de tonta, ¿no es cierto?

Los ojos del coronel chispearon.

—Posiblemente —dijo con acento ambiguo.

—Veamos. ¿Sabe si Dorian Sutton tuvo la cajita en sus manos?

Staunton negó con la cabeza.

—No, no lo sé.

—¿Y Carrie Martin?

—Tampoco podría asegurarlo.

—Pero ambas se hallaban en el grupo, pocos segundos antes de que la señorita Russell recogiera la piedra.

—Me parece que sí.

—¿Solo “le parece”?

—Bueno, diablos —masculló Staunton de mal humor—, no podría asegurarle, eso es todo. En aquellos momentos, yo...

—Sí, ya lo sé —suspiré—, estaba revoloteando en torno a la señorita Morgan. Con lamentables resultados en lo que a sus aspiraciones viriles se refiere, ¿no es cierto?

El coronel se sonrojó más todavía.

—Eso ya no le importa, señor Crixby —dijo enojadamente—. No tiene ninguna relación con el robo de la piedra.

—Quizá. Otra pregunta más: ¿Hizo mucho ruido la copa al romperse?

—Bastante.

—Usted se sobresaltó.

—Sí, claro. Es lo que me sucede en casos semejantes.

Terminé la soda.

—Creo que no tengo nada más que preguntarle, coronel, excepto que... ¿Tiene usted alguna opinión formada acerca de quién pueda ser el ladrón de la piedra?

Staunton sonrió benignamente.

—Le doy a elegir entre seis personas de las diez que estábamos allí.

—¿Por qué seis? —inquirí.

—Verás, Norma debe ser descartada. Y yo también, por supuesto. Morris y Pehring, ídem de ídem. *Ergo*, si las matemáticas no fallan, de diez resta usted cuatro y quedan seis. Busque entre esos seis, señor Crixby.

Le miré fijamente.

—Coronel, usted, ¿qué era del padre de la señorita Russell? ¿Amigo o enemigo?

El rostro de Staunton se congestionó. Quiso hablar, pero la indignación que le poseía era tal, que no acertaba a articular palabra. Cuando quiso decirme algo, yo ya estaba fuera de la casa.

Monté en el coche y lo puse en marcha. Procuré rodar lentamente, mientras repasaba una por una las respuestas obtenidas en cada uno de mis interrogatorios.

Una cosa había común en todas las respuestas: Morris y Pehring habían estado junto a Norma en los últimos momentos de la exhibición. Farr también, pero esto era lógico de suponer, puesto que era su casi prometido. Y los demás, excepto la Kroeder y la pareja formada por Norma y el coronel.

Aquello se ponía más embrollado a cada segundo que transcurría. ¿Quién demonios se había llevado la piedra?

Pero más ajustado estaba a preguntar: ¿quién la tenía en el momento actual?

Detuve el coche y entré en una cafetería, donde me tomé una taza de café para estimular mi imaginación.

El gesto dio resultado. Arrojé una moneda sobre el mostrador y salí a todo correr hacia mi automóvil.

Poco rato después, me encontraba de nuevo ante la puerta del apartamento de Betty Kroeder. Llamé.

La mujer tardó bastante en salir. Sus ojos chispearon de gozo al divisarme.

Alargó los brazos hacia mí, me atrapó por la parte alta de los míos y tiró con fuerza hacia adentro. Mis pies se separaron del suelo, lo mismo que sucede en las películas cómicas.

Betty Kroeder cerró la puerta de un puntapié y luego me estrujó entre sus brazos, en tanto que con sus labios buscaba ávidamente los míos. Estuvo a punto de dejarme asfixiado, pero cortó antes de que se produjera una desgracia irreparable.

—Está bien, está bien, Betty. Dejemos las efusiones para otro momento. Ahora estoy trabajando.

Su carnoso brazo ciñó mi cuello con toda facilidad. Tenía los ojos casi al nivel de su protuberante busto, el que se movía con rápidos y al afanosos movimientos, en tanto que ella me miraba con ojos de pez moribundo.

—Bernie, precioso —susurró, tratando de besarme de nuevo.

Puse la mano entre los dos. Luego me desasí del abrazo.

—Espera un poco, Betty, te lo ruego. Tengo que hacerte aún algunas preguntas.

—¡Al diablo con la piedra! —exclamó ella—. No puedes dejarme así como así...

—Pues, sí, Betty. Tendrás que esperar un poco. Escucha.

La mujer lanzó un suspiro de resignación. Me pareció oír ruido de tela que crujía por la parte de su corpiño, pero no pude asegurarlo.

—O. K., Bernie. Dispara ya, pero termina pronto. ¿De qué se trata?

—Verás. Cuando estabas preparando las bebidas en el bar, tú rompiste

una copa.

—Sí, claro. Se me escurrió de los dedos y...

—¿Por cuánto?

El rostro de Betty perdió en un segundo toda su amabilidad. Sus ojos adquirieron una dureza repentina.

—Bernie, lárgate de mi casa.

Sonreí satisfecho. Mi tiro había impactado en la diana.

—Vamos, vamos, preciosa. ¿Quieres que te haga la misma pregunta el sargento Nolan, de la División de Homicidios?

Betty apretó los labios.

—Nadie me pagó por romper la copa —dijo.



Su pistola pasó a mi poder

—Bueno. Investigaremos en tu cuenta corriente. Quizá se descubra en ella algún ingreso inesperado, ¿no es cierto?

Pareció como si de repente le hubiesen echado al rostro una palada de ceniza. El labio inferior le tembló visiblemente.

—Yo... —dijo roncamente.

—¿Quién y cuánto? —pregunté, impasible.

Inspiró con fuerza, dilatando el pecho hasta límites que me parecieron increíbles.

—Dorian Sutton. Dos mil.

—¿Qué te dijo, exactamente?

—Debía romper una copa cuando ella me hiciera una señal. Acordamos un plan... bueno, me lo trazó ella...

—Los dos mil dólares, ¿fueron en metálico?

—Sí.

—Por adelantado.

Betty frunció los labios con desprecio.

—Claro. De otro modo, no lo hubiese hecho. Ella me dijo que me haría dos indicaciones. Una para ir al bar a preparar bebidas y la otra para romper la copa.

—¿Cuándo?

—La mañana del día en que desapareció la piedra. Le di un cariñoso cachetito en las mejillas.

—Está bien, gracias —y me dirigí hacia la puerta. Betty corrió detrás de mí.

—¡Espera, Bernie! ¡No puedes dejarme así! Yo no he hecho nada malo. Devolveré los dos mil dólares, pero, por lo que más quieras...

—No puedo asegurarte nada, Betty —dije—. De todas formas, en agradecimiento a la información, procuraré desligarte del asunto.

Me estrechó efusivamente contra su amplio busto.

—¡Gracias, Bernie, gracias! Yo...

Hice un esfuerzo y me solté.

—Adiós, querida. Tengo mucha prisa.

—¡Bernie, quédate!

Pero yo ya estaba metido en el ascensor.

Era ya bastante tarde, cuando, al fin, llegué a la agencia de recortes. Toqué al timbre, pero nadie contestó a mis llamadas.

Abrí la puerta, bastante escamado y no poco aprensivo. Entre unas cosas y otras, porque había estado haciendo algo más que interrogar al coronel y a Betty en los intervalos producidos entre visita y visita, se me habían hecho ya cerca de las siete de la tarde.

Pasé al antedespacho. El silencio era absoluto.

Crucé la pieza y llegué a la puerta del despacho de la Sutton. Escuché

unos segundos. No se oía más que el lejanísimo rumor de la calle.

Entreabrí la puerta. Dorian estaba sentada en su sillón, pero de una manera peculiar, como si se hubiese dormido después de una jornada particularmente trabajosa.

Abrí la puerta. Pronto pude advertir que Dorian no dormía, sino que estaba muerta.

CAPÍTULO XIV

Examiné el cadáver con toda atención. La causa de la muerte había sido un puñal, que no aparecía sobre el cuerpo de la Sutton. Posiblemente, el asesino la había acuchillado y luego de sacar el arma de la herida, la había limpiado y se la había llevado.

En la falda del traje de Dorian Sutton, vi unas manchas de sangre de una forma muy particular, lo cual confirmaba mi teoría. La herida estaba en el centro del pecho, y había sangrado muy poco.

Esto me indicó que el arma del crimen debía haber sido un puñal muy afilado y estrecho, un estilete con toda seguridad. El arma debía haber penetrado en la carne de la muerta como un cuchillo al rojo vivo penetraría en un taco de manteca.

No quise tocar nada. Esto quedaba para la policía. Pero no pude evitar el permanecer allí, en pie durante unos momentos, contemplando reflexivamente el cadáver.

De pronto mis ojos captaron algo que chispeaba sobre la alfombra. Me agaché a recoger aquel objeto. Era un encendedor de plata, con las iniciales grabadas en oro.

L. Z. ¿A quién correspondían aquellas dos siglas?

¡Leo Zlabor!

El director de cine.

¿Era posible que el tipo me hubiese engañado como a un chino?

Me froté la barbilla con fuerza, en tanto miraba alternativamente al encendedor y al cadáver. ¿Eran su vanidad y su egolatría, una *posse* destinada a engañar a los incautos... o eran realidad?

En el primer caso, había que reconocer que Zlabor era aún mejor actor que director de cine. Fuera como fuera, había dejado una prueba irrefutable de su paso por aquella oficina. Y el estilete, el arma que había matado a la Sutton, era un arma típica de un individuo como él.

Lancé un suspiro. Allí ya no había nada que hacer, excepto una cosa.

Tomé el teléfono, no sin antes haberlo envuelto en un pañuelo y marqué el número de la Jefatura. Pedí por el sargento Nolan.

—¿Quién es?

—Crixby.

—¿Otro muerto?

—Sí. Dorian Sutton, Leamington Square, 216. Puñalada. El arma no está sobre el cadáver. Adiós.

Colgué y me marché de la casa a toda velocidad.

Aquella noche ya no quise hacer nada. Me sentía muy fatigado y

deseaba dormir y reposar bien, para estar en forma al día siguiente.

Lo primero que hice al llegar el nuevo día, tras el aseo y desayuno correspondientes, fue ir a ver a Leo Zlabor. No estaba en casa y su sirviente japonés me dijo que no sabía cuándo volvería.

Monté en el coche de nuevo, profundamente preocupado por la noticia. Busqué un teléfono y llamé a los estudios. Allí me dijeron que el director no estaba y que no sabían cuándo comparecería.

De momento, pues, no pedía hacer otra cosa que dar aquel asunto de lado y meterme en otro que había ido preparando el día anterior, en dos intervalos producidos entre los interrogatorios de Betty Kroeder y el coronel.

Lo primero que hice fue ir a ver al joyero Donaldson. Este se alegró bastante de verme.

Después de los primeros saludos, le pregunté:

—¿Recuerda usted la piedra de imitación que le enseñé hace dos días?

—Sí. Ya lo creo.

—¿Sabe si antes que yo vino algún otro individuo con una pretensión semejante?

—No, en absoluto.

—¿Qué joyeros hay en la ciudad, con la importancia económica suficiente para adquirir un brillante como aquel, legítimo, por supuesto, en el caso que dicho brillante hubiese sido puesto a la venta?

Donaldson reflexionó unos momentos.

—Elkstein, de Main Street, 3547; Goldberger, de Squirrel Place, 16; *Finney & Finney*, de la calle Treinta y Dos, 1866... y me parece que ya nadie más. Bueno, quizá *Christie's*, de la calle Treinta, 2055.

Ya había tomado nota de los nombres y direcciones de los joyeros.

—Gracias, señor Donaldson.

—De nada, amigo Crixby. Para mí ha sido un placer. Empecé a ver a los joyeros, uno por uno. Elkstein no sabía nada. Goldberger tampoco.

Encontré a mi hombre en *Finney & Finney*.

Pedí ver al dueño, apenas hube entrado en la tienda.

—Soy Bernie Crixby, investigador privado, y estoy haciendo unas indagaciones por cuenta de un cliente. Señor Finney, ¿ha visto usted alguna piedra preciosa semejante a esta?

Le enseñé la fotografía que me había facilitado Norma. Finney la estudió un momento.

—Yo no —dijo al cabo—. Quizá mi hijo...

Tocó la palanquita del intercom.

—Por favor, que venga mi hijo.

El segundo de los Finney se presentó poco después. Era un muchacho vivo y despierto, que me saludó con simpatía.

Examinó la fotografía. Negó con la cabeza.

—Yo no la he visto... pero tengo la idea de que Mulligan atendió días atrás a un cliente que quería venderle una piedra. Escuche, yo no la vi, repito, porque estaba atendiendo a otro cliente. Sin embargo, pude captar algunas palabras relativas a la posible venta de una gema.

Miré a Finney padre.

—¿Puedo hablar con el señor Mulligan?

—No faltaría más. Llámalo, Johnny, ¿quieres?

—Por supuesto, papá.

Mulligan vino minutos después. Era un hombre ya cercano a los cincuenta, vestido muy atildadamente, con el clásico clavel de todo joyero en la solapa de su impecable traje.

Finney padre hizo las presentaciones. Luego le enseñé la fotografía del *Skragar*.

—Sí. Lo recuerdo perfectamente —contestó Mulligan.

—¿Y...?

—Era falsa.

Los Finney soltaron una exclamación de asombro.

—Mulligan —dijo el padre en tono de reproche—, usted no nos había dicho nada.

—Lo siento, señor Finney, pero creí que el asunto no tenía importancia. Además, la persona que...

—¡Un momento! —dije, sacando, de mi bolsillo un manojo de fotografías—. Tome usted, señor Mulligan. Indíqueme cuál es la persona que intentó vender ese diamante... o mejor todavía, ¿qué hizo, exactamente?

—Realmente, no propuso la venta, señor Crixby, aunque sí dejó entender que si las condiciones le satisfacían, quizá llegase a deshacerse de la piedra. Lo único que quería saber, por el momento, cuál era el posible precio adecuado de la misma.

—¿Y entonces, usted se dio cuenta de que era una imitación?

—Sí.

—¿Qué dijo esa persona?

—Se echó a reír y dijo que, claro, no iba a andar con la piedra auténtica por la calle, pero que aquella era una copia exacta y que, a base de la misma, deseaba saber el precio. Se lo dije, me dio las gracias, se fue... y eso es todo, señor Crixby.

—Esa persona, ¿se mostró muy sorprendida al ver que usted había advertido que no era un diamante legítimo, sino solo una imitación?

—Pues, sí, pero no fue una sorpresa excesiva. Más bien diría yo que fue un gesto... —perdone si le parezco inmodesto—, bueno, un gesto como de admiración al ver que había adivinado al instante que no era un brillante legítimo —Mulligan abombó el pecho—. Son treinta años de ver toda clase de piedras preciosas, señor Crixby —dijo con justificado orgullo.

—Lo comprendo —dije, entregándole las fotografías—. Ahora, señáleme al vendedor de la piedra. Bueno, a la persona que quiso saber el precio del brillante. ¿Se lo dijo usted?

—Sí —contestó el hombre, examinando las fotografías—. Calculé que en caso de ponerse a la venta, su valor sería de doscientos a doscientos cuarenta mil dólares... ¡Esta es la persona, señor Crixby!

Me entregó una fotografía, la cual estudié durante unos momentos.

—¿Seguro, señor Mulligan?

—Absolutamente. No hay duda.

—Muy bien —puse la fotografía boca abajo sobre la mesa—: Ahora, hágame el favor de escribir al dorso lo siguiente: “Esta es la persona que el día (citó la fecha)... me enseñó la imitación de mi diamante cuya fotografía me ha sido exhibida por míster Bernard Crixby. La imitación y el diamante son absolutamente idénticos”. Fírmelo, féchelo y ponga también la hora en ambos casos, es decir, el día en que le enseñaron aquella copia y la de hoy.

Mulligan hizo lo que le decía. Guardé las fotografías en el bolsillo, me despedí de los joyeros y salí a la calle.

Temé el coche y me dirigí a mí oficina.

—¡Vaya! —exclamó Dulcie al verme—. Ya creía que se había perdido en la selva, jefe.

—Poco le ha faltado, chica. ¿Qué ha sucedido de particular durante mi ausencia?

—Tiene usted un montón de correo por despachar. Tres personas han venido, proponiéndonos diversos asuntos. He tomado nota de lo que desean y les he dicho que ya irá usted a visitarles personalmente. Dos de ellos, dijeron que en ese caso no les interesaba. Otro ha dicho que vendrá a la tarde. Cinco facturas, doce circulares, una propuesta para, subscribirse a una colección de novelas policíacas...

Agité la mano.

—Ya es bastante —dije—. Todo se hará a su debido tiempo, Dulcie. Ahora, póngame con la Jefatura de Policía. He de hablar con su valeroso y astuto irlandés y necesito hacerlo cuanto antes.

—Ah —exclamó la muchacha—, se me olvidaba casi lo más interesante para usted.

Me miró con malicia.

—Ha Mamado una tal Velia Morgan, muy conocida en los ambientes cinematográficos por la opulencia de sus formas y su ignorancia total de lo que es arte.

—La gente se equivoca a veces más de lo que piensa —dije—. Velia simula ser tonta, pero podría darnos diez de ventaja a cualquiera de los dos y al término de la carrera nos habría sacado el doble.

—¡Caramba! Eso es nuevo para mí, jefe.

—También yo pensaba como usted días atrás, pero he tenido que

rectificar, Dulcie. Y con mucho gusto, además.

—Vaya, no me diga que se ha ido a enamorar de la Morgan.

Lancé un hondo suspiro.

—¿Y qué yanqui, no está enamorado hoy de ella? Vamos, Dulcie, sea buena chica y, póngame en contacto con la futura señora Crixby.

Dulcie casi se cae de espaldas cuando oyó la noticia. A última hora, tuve que realizar yo mismo la conexión.

Velia no contestó. Llamé varias veces, obteniendo en todas ellas el mismo resultado.

—No contesta —dije, mirando a Dulcie.

—Es extraño —comentó mi secretaria—. Dijo que le estaría esperando durante todo el día y que no se movería de su casa bajo ningún pretexto.

—¿Es eso lo que dijo, Dulcie?

—Sí, jefe.

—¿Cuándo?

—Hará un par de horas. Luego llamó dos o tres veces, pero media hora después de la primera llamada, guardó silencio, cuando se convenció de que no se me olvidaría pasarle su recado.

Estuve pensando durante unos momentos. Luego, saliendo de mi estatismo, eché a correr hacia la puerta.

—¿A dónde va, jefe?

—A ver qué le ha sucedido a Velia. Esto no me gusta nada, Dulcie.

Y salí.

Treinta minutos después, estaba en casa de Velia. Puesto que la puerta principal se hallaba cerrada, hube de ingeniármelas para entrar por una ventana.

Examiné rápidamente el edificio. Velia no estaba, ni tampoco Carrie.

En la habitación de la secretaria encontré algo que me hizo pensar bastante. Era un trocito de papel fuerte, como el que se emplea en los documentos oficiales. Resultaba evidente que aquel fragmento de papel había pertenecido a un documento... pero, ¿qué clase de documento?

Lo guardé por si acaso. Seguí buscando.

Debajo de la cama encontré parte de una fotografía. Era muy pequeño aquel fragmento, pero lo suficiente para leer en él dos palabras.

Norma Ann.

¿Dónele había visto yo aquellas dos palabras escritas antes de ahora en algún sitio?

Chasqueé los dedos.

—¡Qué tonto! ¿Cómo no lo he advertido antes? —dije, saliendo de la casa a todo correr.

Cuando llegué al Club Náutico, el “Norma Ann” había desaparecido del muelle.

CAPÍTULO XV

Me quedé mirando el horizonte de modo estúpido.

Debía haber supuesto que podía pasar algo por el estilo, aunque por otra parte, ¿quién diablos iba a suponer que Velia iba a meterse en averiguaciones?

No tardé mucho en dar con la solución. Busqué por los muelles, hasta encontrar una lancha rápida libre en aquellos momentos.

No regateé el precio que me pidieron por el alquiler. En aquellos instantes tan críticos, la vida de Velia era para mí lo más importante.

Por supuesto, de navegación yo no tenía la menor idea, de modo que fue el propio dueño de la canoa quién se encargó de pilotarla. Salimos del embarcadero, y apenas nos vimos en franquía, el hombre lanzó la embarcación a treinta nudos.

Durante una hora, navegamos sin la menor novedad. Yo iba en el puente, al lado del piloto, escrutando el horizonte con un par de poderosos prismáticos que el hombre me había prestado.

De pronto, una manchita triangular, blanca, entró en el campo de visión de los prismáticos.

—Bueno —dije—, ahí está.

—¿Busca usted a alguien, señor? —me preguntó el piloto.

—Sí —le pasé los gemelos—. Tome y mire hacia allí.

—Es un balandro —dijo el piloto al cabo de unos momentos—. ¿Debo arrumbar en aquella dirección?

Medité unos segundos.

—Desde luego, pero no quiero que sospechen. Escuche...

Durante unos momentos, le di ciertas instrucciones, que el piloto atendió sin rechistar. Al terminar, dijo:

—Conforme, señor Crixby. Déjelo en mis manos.

Me quité la chaqueta, dejándola bajo un banco en cubierta. Subí las mangas de la camisa hasta más arriba del codo y me encasqueté una gorra de larga visera, que el piloto me había prestado. Al primer golpe de vista, podía parecer un tipo en busca de un buen sitio para la pesca, cosa a la que contribuían las dos cañas situadas en ambos extremos de la popa.

Nos costó casi una hora alcanzar el “Norma Ann”, ya que el piloto hubo de reducir considerablemente la marcha, a fin de no levantar sospechas entre los tripulantes del balandro. Cuando nos situamos a media milla, empecé a fingir que revisaba las cañas.

A cien pasos, el piloto rebajó la marcha, hasta anularla casi del todo. Yo me senté en la popa, simulando esperar el momento de la detención

para lanzar el anzuelo.

Súbitamente, el piloto dio gas. La canoa salió disparada, acercándose al balandro de tal modo que parecía iban a chocar ambas embarcaciones.

Alguien chilló a bordo del yate. El piloto permaneció impertérrito.

En el último instante, dio marcha atrás. La lancha se estremeció y la tablazón retembló con fuerza. Los costados de las dos naves se tocaron durante unos instantes.

Esto era lo que yo estaba esperando. Tiré la caña, pegué un salto y pasé a bordo de la “Norma Ann”.

Farr se quedó boquiabierto al verme allí, en su propia embarcación. Quiso arrojar sobre mí, pero frené su gesto en seco, amenazándole con la pistolita de Velia.

La lancha se alejó, en medio de una oleada de espumas, en busca de la policía. Y, sobre la cubierta. Farr y yo quedamos solos.

—Esto se acabó, Farr —dije—. Su carrera de crímenes se ha terminado.

Me agarré a un obenque para no caer al suelo, ya que el balandro se balanceaba notablemente. Farr permanecía a dos pasos de distancia, con las manos medio engarfiadas, las piernas entreabiertas y los brazos caídos, con todo el aspecto de un hombre que espera el menor descuido de su contrincante para saltarle al cuello y estrangularle.

—No podrá demostrarlo jamás —habló al fin.

—Bueno, probaremos. Sea como sea, no me gustaría hallarme en su pellejo.

—¿Y Velia Morgan? ¿Ya se ha dado cuenta de lo que puede pasarle si usted se empeña en perjudicarme?

Bajé ligeramente el cañón de la pistola, apuntándole directamente al estómago.

—Si la señorita Morgan ha perdido tan solo la laca de una de sus uñas, le mataré aquí mismo como a un perro rabioso, Farr —dije.

El asesino tragó saliva.

—¡Dios! Usted no hará eso, ¿verdad?

—Suelte a la señorita Morgan y me lo pensaré. ¡Vamos, pronto!

Farr volvió a medias la cabeza.

—¡Carrie! ¡Deja que salga la señorita Morgan! Escuché una serie de ruidos en el fondo de la camareta.

—¿Qué pasa? Dígale a Carrie que se dé prisa. Su estómago me está tentando, Farr.

El sudor corría a chorros por el rostro del individuo.

—¡Carrie!

La secretaria no contestó.

Aquel silencio, después de los ruidos, me escamó bastante.

—Farr, vuélvase.

El asesino obedeció.

—Bajaremos los dos juntos a la cámara. Y tenga mucho cuidado con lo que haya podido pasar a Velia; de lo contrario, no doy un dólar por su pellejo.

Farr empezó a caminar. La puerta de la cámara estaba a cuatro pasos escasos de distancia.

Súbitamente, oí un leve ruidito a mis espaldas. Era como si alguien caminara por el suelo con los pies desnudos y mojados.

¡Chap... chap... chap...!

Me volví rápidamente. Carrie Martin, en traje de baño, chorreando agua, caía sobre mí con una cabilla en la mano.

Quise parar el golpe, pero ya era tarde. La cabilla cayó sobre mi cabeza con atronador estruendo,

El ruido del golpe y mi conocimiento se extinguieron al mismo tiempo.

CAPÍTULO XVI

Cuando recobré el conocimiento, sentí un vivísimo dolor en la parte afectada por el golpe. Estuve durante unos momentos con los ojos cerrados, tratando de recuperarme de los efectos del leñazo que la feroz Carne Martin me había asestado.

Percibí claramente el siseo del agua al deslizarse bajo el casco de la embarcación y el leve golpeteo de las olas contra el mismo. En lo alto, una vela chasqueó con la fuerza de un látigo.

Abrí los ojos. A través del ojo de buey entraban los últimos rayos del sol poniente. En la pared opuesta, se veía un círculo de luz casi roja, el cual subía y bajaba según las oscilaciones de la embarcación en su navegación.

Miré a mí izquierda. Velia estaba tendida en una litera contigua, como yo, atada sólidamente de pies y manos.

La muchacha sonrió tristemente.

—Hola, Bernie —dijo.

—¿Cómo te encuentras, Velia?

—Bien. En todo caso, un poco enojada conmigo misma por haberme portado tan estúpidamente.

—Cuéntame... ¿Qué es lo que te sucedió?

—Pues... no sé cómo empezar. Fui a ver a Carrie a su habitación. Estaba en el baño y me dijo que saldría en diez minutos. Esperé.

“Carrie disponía de un secreter para sus cosas particulares. Lo tenía abierto. Me senté allí, como podía haberme sentado en otra parte. Luego, por aburrimiento más que por curiosidad, empecé a curiosear.

“Bueno, abreviando. El caso es que encontré allí dos cosas que me dejaron estupefacta. Un certificado de matrimonio y una fotografía.

—El certificado de matrimonio expedido a nombre de Stanley Farr y Caroline Martin, ¿no es así?

—Sí. Pero, ¿cómo lo sabes, Bernie?

—Después de lo que ha pasado, se adivina. Y, supongo, la fotografía debía ser de la feliz pareja en la popa de esta barca.

—Justamente. Luego, Carrie me sorprendió y me dio un golpe, después de una vivísima discusión. Debió avisar a su esposo y, entre los dos, me trajeron hasta aquí. ¿Por qué, Bernie?

—Si no es para tenerte como rehén, no se explica, querida. Pero ahora lo malo es que, estando yo aquí, la utilidad del rehén ha cesado por completo.

El rostro de Velia se puso lívido.

—¡Cielos! ¡Bernie! ¿Significa eso que...?

—Mucho me temo que sí, querida —dije—. Pero todavía estamos vivos. Aún podremos hacer algo por salvamos.

—¿Y cómo, Bernie? Estamos atados... Oh, Dios mío, jamás se me hubiera ocurrido sospechar de Farr ni de Carrie como los ladrones de la joya.

—Y asesinos, además —dije sombríamente.

—¿Fueron ellos?

—Por lo menos, él.

Pensé que debía distraer a Velia. Tenía la seguridad de que los asesinos estaban esperando a la noche para consumar el crimen con mayor seguridad. Aunque no se veía a ninguna demasiado cerca, siempre había canoas con pescadores a mayor o menor distancia y no podían correr el riesgo de alguna mirada indiscreta a través de unos prismáticos. Por la noche, nos atarían unos pesos a los pies y...

—¿Tú crees que fue Stan? —preguntó Velia.

—Sí.

—Explícate, ¿quieres?

—Desde luego. Son conjeturas, pero muy próximas a la realidad. Escucha, en realidad, hubo dos pandillas que deseaban apoderarse del *Skragar*. Una, compuesta por Stan y Carrie, y la otra, por Morris, Pehring y la Sutton.

“Todos sabían que Norma no denunciaría el robo. Y aun en el peor de los casos, puesto que la piedra no estaba asegurada, se carecía de una descripción que permitiese identificarla, excepto la fotografía que Norma misma había obtenido.

“Norma no permitiría jamás que la policía tomase parte en la búsqueda de la piedra, por dos razones: una, los impuestos, ya que no la tenía declarada; y otra, que había entrado en el país de contrabando hace muchísimos años.

“Todo esto lo sabían los presuntos ladrones. Lo que faltaba, pues, era la ocasión propicia.

“¿Cómo hallar esa ocasión?

“Norma fue la que facilitó las cosas al dar aquella fiesta en su casa. Iba a anunciar nada menos que su compromiso con Stan Farr, pero en el último momento se echó atrás.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo contó ella misma —dije con una risita—. Farr no acababa de gustarle del todo. Como dice Dulcie...

—¿Quién es Dulcie?

—Mi secretaria.

—¡Bernie! —chilló Velia.

—Cuidado, que es ama chica muy decente y se va a casar pronto con

un sargento de policía. Bueno, como dice Dulcie, Norma se fio de la intuición femenina y decidió repentinamente retrasarla fecha de su compromiso.

“Eso dejó frío a Farr. Sus atenciones para con Norma solo tenían un objeto: el brillante.

—Pero Norma tiene un millón de dólares —objetó Velia—. ¿No le habría valido más casarse con ella, aun fingiendo una soltería inexistente, y, con el tiempo haberla despojado del dinero?

—No podía. Calculo que Carrie, tu secretaria, debe ser celosa y se sublevaba a la idea de que Farr pudiera convertirse en el esposo, bígamo, pero esposo al fin y al cabo, con todas las prerrogativas que esto trae consigo, de Norma Ann. Supongo que Carrie debía blandir el certificado de matrimonio cada vez que Farr mencionaba el asunto del matrimonio. “El brillante y ya es más que suficiente”, debía decir, cada vez que su esposo sacaba a relucir el tema.

“Entonces no hubo más que disponer un plan para apoderarse del *Skragar*. Pero quiso su mala suerte que los Morris y compañía hubiesen concebido la misma idea. Por si no lo sabes, te diré que Morris era muy aficionado a los juegos de manos y de haberse no crido dedicar a prestidigitador, habría ganado bastante dinero.

“Ya tenía preparada la copia del brillante. Naturalmente, lo había visto más de una vez y, además, según me ha dicho Norma, en cierta ocasión, le dejó una fotografía del *Skragar*. ¿Cómo iba a sospechar Norma del hombre que le administraba sus bienes de fortuna?

“Por otra parte, Morris sabía que Norma no era dada a exhibir el diamante, excepto, como sucedió, en una fiesta entre íntimos. Claro está que de vez en cuando le echaba un vistazo, pero era una mirada rápida, breve, lo suficiente para convencerse de que el *Skragar* continuaba en la caja fuerte. Se necesita examinarlo durante más tiempo para convencerse de su autenticidad o su falsedad, y Norma no se fijaba en esto, sino en que el brillante seguía allí, ¿comprendes?

“Naturalmente, al cabo del tiempo, se hubiese descubierto la superchería. Pero habrían pasado ya meses, años quizá y, ¿quién se acordaba entonces de lo sucedido mucho tiempo atrás? Con esto contaban Morris y sus adláteres... lo mismo que Farr y Carrie.

Hice una pausa. Olvidada de la crítica situación en que nos hallábamos, Velia me contemplaba embelesada.

—Bien, llega el momento del golpe. Para mayor seguridad, Morris ha pagado a la Kroeder dos mil dólares por que deje caer una copa. La copa cae y se rompe en mil pedazos. ¿Qué pasa entonces?

“Todos los rostros se vuelven hacia el bar. Es algo instintivo, maquinal, que no se puede evitar. Morris está preparado. No mira hacia la Kroeder. Simplemente, cambia las piedras. Deja la falsa y se queda la buena. Y unos

segundos después, Farr se apodera de la piedra, porque la caja está en sus manos y *todavía no se la ha devuelto* a Norma.

“El grupo se empieza a disolver en parte. Morris, Pehring y la Sutton ya no sienten interés en continuar allí; ya han conseguido el diamante. Entonces, Carrie distrae unos segundos a Norma, Farr aprovecha la ocasión y devuelve la caja a Norma, jímio con algunas ternezas. Claro está, la propietaria del diamante no sospecha del hombre que quiere casarse con ella. No acaba de gustarle como esposo, pero esto no tiene nada que ver con su honradez y, a fin de cuentas, también le agrada un poquito. Recibe las carantoñas de Farr y luego se marcha a su habitación.

“Ahora, imagínate la sorpresa de ambos cuando se enteran de que lo que tienen en la mano no es más que un pedrusco. Carrie ha empezado a tantear el terreno para vender la gema y se lleva una sorpresa desagradabilísima cuando se entera de que les han dado el timo del siglo.

“¿Qué pasa entonces? Farr empieza a pensar. Y, abreviando, por deducción, llega a la conclusión de que es Morris el tipo que robó la piedra. Va a verlo, discuten y lo mata, simulando un accidente en la bañera.

“Registra la casa minuciosamente. El *Skragar* no aparece. ¿Quién lo tiene? Pehring, el brazo derecho de los negocios de Morris. Es fácil de adivinar.

“Mientras tanto, Pehring se ha dado cuenta de que puedo resultarle peligroso y ordena asesinarle, contratando unos cuantos pistoleros. La cosa falla, pero el que no falla es Farr, el cual, por fin, se lleva el diamante.

“Entonces, la Sutton empieza a pensar. Es una individua lista y, no lo olvidemos, tiene una agencia de recortes. En sus archivos hay una fotografía de los esposos Farr-Martin. Deduce y llega a una conclusión: Farr tiene la piedra.

“Pero Dorian Sutton no es mujer que anteponga la venganza a un buen pellizco de dinero. Si su hermano está muerto, ya no puede hacer nada por devolverle la vida. En cambio, puede sacarle a Farr una buena tajada de dinero. Trata de chantajearle, pero Farr está lanzado ya por la pendiente y una vida más o menos, no tiene ninguna importancia para él. Resultado: Dorian Sutton fallece de una puñalada.

“Para embrollar más el asunto, deja en el suelo un encendedor de plata con las iniciales L. Z. en oro.

—Se lo regalé yo a Zlabor para su cumpleaños —exclamó Velia, muy asombrada.

—Estimo que Zlabor debió regalárselo a Carrie como compensación por su negativa a facilitarle la prueba cinematográfica que esta le pedía insistentemente. Algo de eso debió ocurrir, es una especie de “ya que no te doy diez mil dólares, toma esta manzana”, ¿comprendes?

Velia rio cristalinamente.

—La imagen es sumamente gráfica. Continúa, querido. Tu relato resulta terriblemente fascinador.

—Y muy ajustado a la realidad —dijo Farr, entrando en la cámara de modo inopinado.

Le miré. Sus ojos lucían como los de un gran gato. En su mano brillaba el pavonado metal de una pesada automática.

Carrie entró detrás de él. Llevaba un cuchillo en la mano.

Me estremecí. ¿Pensaban degollarnos allí mismo?

Farr rio estruendosamente.

—Le he estado oyendo todo el rato, Crixby. He de felicitarle por sus deducciones; son terriblemente certeras. Pero —su voz se endureció bruscamente—, absolutamente inútiles en estos momentos.

Movió la mano izquierda. Carrie avanzó hacia Velia.

—¡No! —grité—. A ella no.

Carrie sonrió torcidamente.

—No llore, detective —dijo—. Solo se trata de dejar sueltas las piernas para que pueda subir a la cubierta.

—Y una vez arriba, nos atarán una cuerda al cuello con un peso en el otro extremo y nos lanzarán al agua.

—¡Qué buen profeta hubiera hecho usted! —dijo Carrie. Cortó las ligaduras de Velia y luego se vino hacia mí, haciendo lo propio.

Calculé velozmente mis posibilidades. Era seguro que íbamos a morir, pero solo en semejantes circunstancias, tanto daba unos segundos antes que después. Mientras tanto, ¿por qué no pelear por el pellejo?

Así que, en cuanto tuve libres los tobillos y antes de que Carrie hubiese tenido tiempo de retirarse, le pegué un fenomenal puntapié en el vientre.

El golpe fue doble, con los dos pies. Carrie gritó, salió despedida y cayó sobre Farr.

El golpe cogió al asesino completamente por sorpresa. Su gesto fue puramente maquinal, pero la pistola se le disparó.

Carrie exhaló un gemido y empezó a derrumbarse. Mientras, yo me había puesto en pie y, sin pensármelo dos veces, me arrojé contra Farr. Mi cabeza chocó contra su mandíbula y el tipo se desplomó al suelo, retorciéndose sobre sí mismo.

—¡Aprisa, Velia, aprisa! —dije.

Carrie yacía en el suelo de la cámara sobre un charco de sangre, cada vez mayor. Todavía tenía el cuchillo en su mano.

Me tiré de espaldas al suelo y, después de algunos tanteos, conseguí apoderarme del arma.

—Velia, vuélvete.

La muchacha obedeció en el acto. Junté mi espalda con la suya y empecé a cortar las ligaduras que sujetaban sus muñecas.

En pocos momentos estuvo libre. Cuando se volvió para desatarme,

Farr se sentó en el suelo.

—¡Bernie! —chilló la joven.

El asesino trató de apoderarse de la pistola. Me di cuenta de que solo podía hacer una cosa, si queríamos seguir con vida.

Levanté el pie y lo disparé con todas mis fuerzas. Farr lanzó un horrendo alarido. Sus huesos crujieron de modo espeluznante y la cabeza se le dobló de tal modo, que por un instante creí iba a salir proyectada a la cubierta.

Su grito se apagó apenas brotó de sus labios. Se produjo un chasquido aterrador y luego, el asesino cayó de espaldas, con las vértebras cervicales fracturadas por la violencia del puntapié.

Velia acabó de cortar mis ligaduras. Todavía no acababa de creer que estábamos con vida.

Me arrodillé junto a Carrie. Aún respiraba.

Momentos después, un poderoso reflector barrió las tinieblas hasta fijarse en el balandro. El vozarrón de Nolan se dejó oír casi en el acto.

Carrie Martin vivió lo suficiente para confirmar mis declaraciones en todos sus puntos.

Cuando llegamos a puerto, era ya casi de día. La ambulancia se llevó los dos cadáveres y Nolan nos hizo prometer que iríamos a verle para deponer en la encuesta judicial.

Al quedarnos solos, Velia dijo:

—Has conseguido desentrañar los crímenes, pero no has hallado el *Skragar*.

—Espera un momento —dije.

Entré en la camareta y busqué por todas partes, hasta encontrar un *slip* de baño. Me lo puse y luego salí afuera.

—¿A dónde vas? —preguntó Velia, toda asombrada.

—A nadar un poco —contesté, uniendo la acción a la palabra.

Me sumergí en el líquido, buceando hasta situarme bajo el casco del balandro. Pocos momentos después, mis manos tocaron un pequeño bulto adherido a la quilla con cinta adhesiva especial para ser usada bajo el agua.

Cuando emergí a la superficie, me encontré con una sorpresa. Norma Ann Russell estaba allí.

Le entregué el diamante.

—¿Cómo lo has sabido, Bernie? —preguntó Velia, enormemente asombrada.

—Bueno, me acordé de cuando iba al colegio y dejaba la goma de mascar pegada bajo el tablero del pupitre —levanté la gema en alto; heridas por el sol sus facetas, brillaban con resplandor insuperable—. Farr se la quitó a Pehring después de matarlo y luego, como un supremo sarcasmo, le dejó la falsa. Quizá fue por despistar, quizá por fanfarronería;

en todo caso, no debiera haberlo hecho nunca.

Miré a Norma, puse el brillante en su mano y luego le cerré los dedos en torno a la gema.

—Ahí lo tiene usted —dije—. He hablado con el sargento y me ha dicho que él no sabe nada respecto al robo de una piedra preciosa. Pero yo, en su lugar, procuraría ponerme a bien con el fisco. De lo contrario, se expone a graves disgustos. Ah, y vaya preparando el cheque.

Pasé mi brazo por encima de los hombros de Velia.

—Lo necesitare para comprar gallinas —añadí.

Velia rio alegremente. Norma nos miró con una expresión, mezcla de tristeza y envidia.

—Venga mañana a mí casa, señor Crixby —dijo. Giró sobre sus talones y se marchó, dejándonos solos a Velia y a mí.

La muchacha me miró. Fue a besarme, pero entonces se dio cuenta de una cosa.

—Aguarda un segundo, querido —exclamó.

Soltándose de mi abrazo, movió primero la pierna derecha y luego la izquierda. Los dos zapatos de tacón alto volaron por el aire unos momentos antes de sumergirse en el mar.

—Ahora ya estamos a nivel —dijo ella maliciosamente.

—Como los vasos comunicantes, ¿no?

Velia se colgó de mi cuello.

—Como tú y yo —susurró.

FIN

Keith Luger

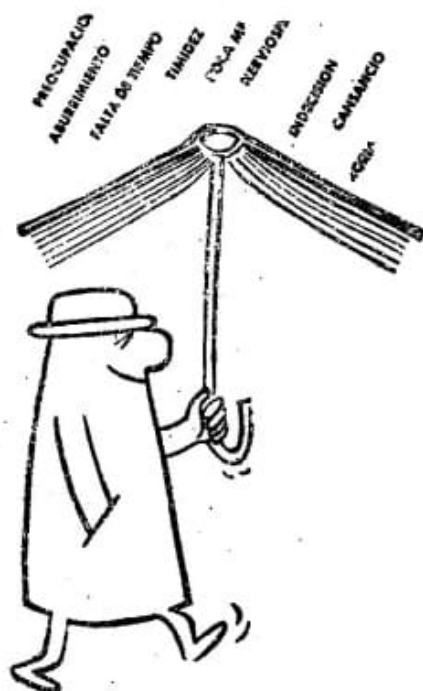
Cianuro para el asesino

Precio:
7 ptas.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



**COMO VIVIR 365 DIAS
AL AÑO**

**ARTRITIS Y SENTIDO
COMUN**

**EL ARTE DE DESCANSAR
NUESTRO PRIMER HUO**

BAILAR ES FACIL

VIVIR MEJOR

**VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS**

**COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA**

INGLES PRACTICO

CONVERSAR Y CONVENCER

FECUNDACION CONTROLADA

**LA CLAVE DE LA
GRAFOLOGIA**

MEDICINA POPULAR

HIPNOTISMO

VIVIR Y CONVIVIR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION HISTORIAS

Gran variedad de temas:
Aventuras, Religiosos, Femeninos, Biografías. Infantiles, Cuentos.

Cada volumen incluye 250 ilustraciones que permiten seguir el relato sin leer el texto.

160 títulos publicados. Una completísima biblioteca juvenil para niños y niñas, recomendada por todos los profesores.

La mejor presentación

Encuadernación muy resistente con sobrecubierta a todo color, esmaltada. 256 páginas.

El mejor precio: 30 ptas.

LICK TURPIN y



**La radio es una
distracción apasionante
y una buena fuente
de ingresos**

TECNICA AL DIA



**Montajes
Reparaciones
Transistores
Frecuencia modulada
Alta fidelidad**

**Escritos por el conocido radiotécnico
R. J. de Darkness**

**La mejor biblioteca práctica
sobre radio, TV y cine sonoro**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"

840 — Corin Tellado
LO SUPE AQUEL DIA

COLEC. "MADREPERLA"

736 — Jesús Navarro
EL CHOFER FRANCES

COLECCION "ROSAURA"

680 — Armando Sandoval
EN LA CIMA DE
TUS SUEÑOS

COLECCION "AMAPOLA"

567 — Eulalia d'Elattre
EL FINAL DE SU HISTORIA

COLECCION "ALONDRA"

501 — María del Pilar Carré
GRANDULLON

COLECCION "CAMELIA"

442 — María Adela Durango
LA SOBRINA DE PARIS

COLECCION "CORAL"

127 — Corin Tellado
ESTE ES MI TUTOR

COLECCION "CORAL"

128 — Corin Tellado
LA PESADILLA DE DIANA

COLECCION "CORAL"

236 — Corin Tellado
LA INDECISION DE LEILA

COLECCION "BISONTE"

781 — Orland Garr
CANDIDATO A LA MUERTE

Col. "SERVICIO SECRETO"

645 — Clark Carrados
EL DIAMANTE ROJO

COLECCION "BUFALO"

478 — M. Lafuente Estefanía
"BLACK", CABALLO
SALVAJE

COLECCION "TEXAS"

846 — M. Lafuente Estefanía
LA CARICIA DE
LA CUERDA

COLECCION "CALIFORNIA"

325 — A. Rolcest
UN HOMBRE LLEGO
DE TEXAS

COLECCION "COLORADO"

270 — Joe Mogar
LUCIERNAGA DEL RIO

COLECCION "KANSAS"

236 — Alf. Regaldie
A MI, GRANUJAS

Col. "HEROES DEL OESTE"

218 — M. Lafuente Estefanía
DECIDIDO POR EL "COLT"

COL. "ASES DEL OESTE"

188 — Fidel Prado
CARGAMENTO DEL DIABLO

COLEC. "BRAVO OESTE"

100 — Mikky Roberts
SIN PIEDAD (EXTRA)

COLECCION "PUNTO ROJO"

34 — Silver Kane
DULCE MUERTE

COL. "SELECCIONES S. S."

12 — Mark Halloran
PRONOSTICO MORTAL

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

FIRMAS QUE REPRESENTAN A EDITORIAL BRUGUERA, S. A. EN LOS PAISES QUE SE CITAN

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera Argent
SAFIC, Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Car
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta
do 1.924 - SAN JOSE.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-E
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SAN
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 71,
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - ASUN-
CION.
- PERU:** "Iris, S. A." Egón Rosenfeld - Jirón Moquegua, 336
LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te, 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

Dina Merrill

Rubia y bella actriz americana, nació un día 9 de diciembre en Nueva York. La conocimos junto a Tony Curtis en "Operación Pacífico". "Desk Set" es su última película.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

N.º 1603